

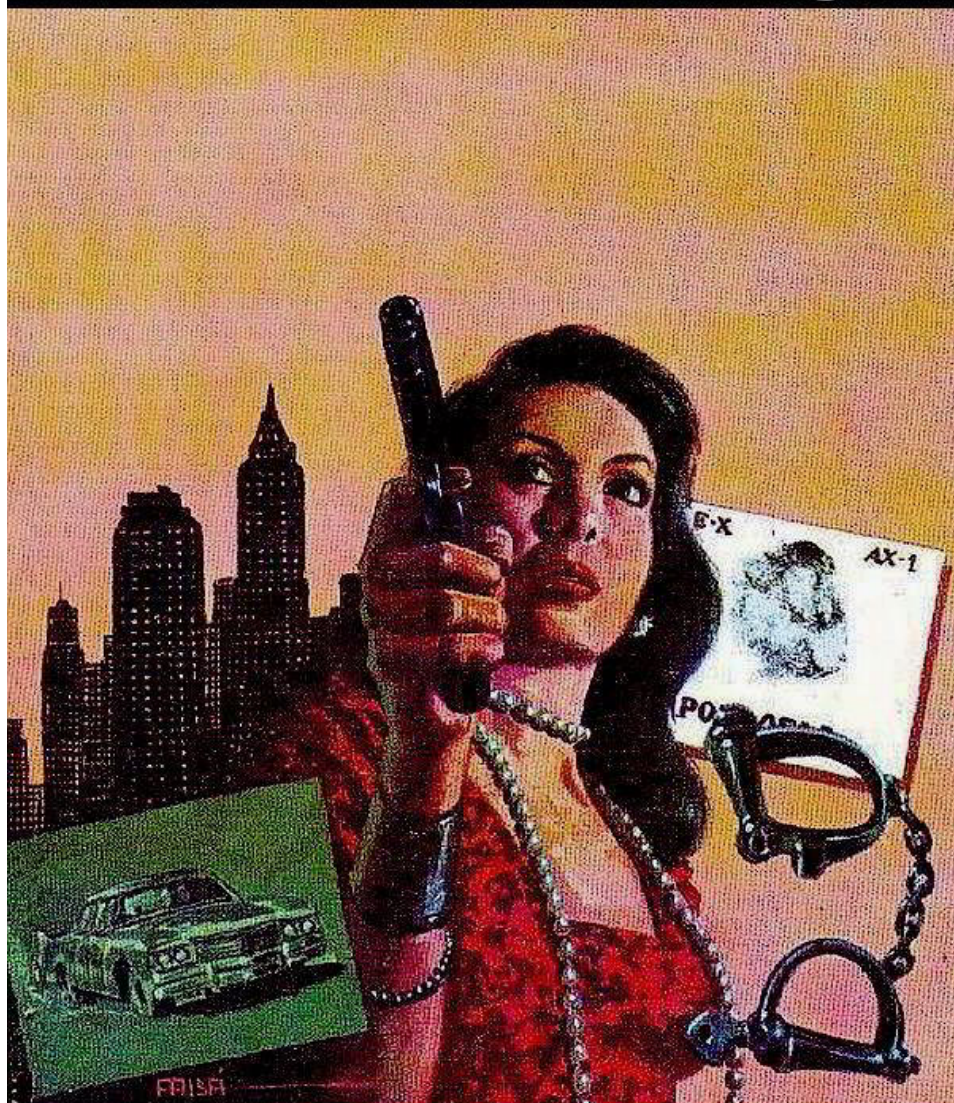
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

BOTIN: UN MUÑECO DE NIEVE

Lou Carrigan



—Farrell —se presentó el recién llegado—. Scott Farrell, de Portland, Oregon.

El conserje del lujoso White Bear Hotel asintió con un amable gesto de cabeza, sacó el libro de reservas y buscó el nombre, frunció el ceño al llegar al final de la lista, y volvió a examinar ésta desde el principio.

Por fin, miró desconcertado al nuevo cliente.

—¿Puede decirme cuándo encargó usted su reserva, señor Farrell?
—pidió.

—¿Reserva? —se sorprendió Scott Farrell—. ¿A qué se refiere?



Lou Carrigan

Botín: un muñeco de nieve

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1419

ePub r1.0

Lds 19.11.18

Título original: *Botín: un muñeco de nieve*

Lou Carrigan, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Farrell —se presentó el recién llegado—. Scott Farrell, de Portland, Oregon.

El conserje del lujoso White Bear Hotel asintió con un amable gesto de cabeza, sacó el libro de reservas y buscó el nombre, frunció el ceño al llegar al final de la lista, y volvió a examinar ésta desde el principio.

Por fin, miró desconcertado al nuevo cliente.

—¿Puede decirme cuándo encargó usted su reserva, señor Farrell? —pidió.

—¿Reserva? —se sorprendió Scott Farrell—. ¿A qué se refiere?

—Bueno... Es evidente que usted debió reservar una habitación por algún medio: telegrama, conferencia, leí...

—Ah. No. No pedí reserva alguna.

El conserje se quedó mirando al señor Farrell con expresión casi divertida, pero, desde luego, siempre amable, correcto.

—En ese caso, señor Farrell, temo que no podré disponer de alojamiento para usted.

Scott Farrell frunció el ceño. Era de mediana estatura, más bien delgado, y vestía con seriedad y elegancia muy natural. Sus cabellos eran negros y un tanto largos, pero siempre dentro de las medidas adecuadas. Su rostro era afable, pero sus ojos brillaron con un destello de impaciencia mientras su boca, grande y delgada, se apretaba un instante, como un sólido cepo. Subió la mano derecha, y con el dedo índice se acomodó mejor los lentes sobre la nariz, como si quisiera sujetarlos bien antes de pasar al ataque.

—¿Por qué no? —se interesó amablemente.

—Pues, señor Farrell..., comprenda usted. Estamos en plena temporada, y el hotel está siempre lleno. Me permito informarle de

que algunos clientes hacen sus reservas incluso con varios meses de antelación. En esas condiciones, es fácil comprender que no podamos disponer de alojamiento para un cliente que llega inopinadamente... De veras que lo siento.

—¿Significa eso, en definitiva, que no me admiten?

—Yo no lo explicaría así, señor Farrell —casi respingó el conserje.

—¿Cómo lo explicaría, entonces?

—Bueno... Creo que diría que, lamentablemente, no estamos en disposición de servirle.

—Es cierto —sonrió Farrell—: así queda mejor.

—Comprenda usted que la intención del hotel sería...

—Bueno, bueno... —Farrell sacó un rollo de billetes del bolsillo, separó dos de veinte dólares, y los deslizó discretísimamente sobre el mostrador de recepción—. Quizá consigamos encontrar algo, con un poco de buena voluntad... por ambas partes.

—Me gustaría, señor —murmuró el conserje, impávido—. Pero como dicen los tejanos, no se puede sacar petróleo de donde no hay.

—¿Eso dicen los tejanos? Curioso... Muy curioso. ¿Qué le parece si busca petróleo con un poco más de... interés?

Dejó otros dos billetes sobre el mostrador, pero el conserje movió negativamente la cabeza. Estaba bien claro que el hombre comenzaba a sentirse incómodo, ante la insistencia del recién llegado.

—Imposible, señor. De veras. Y le aseguro que lo siento tanto como usted. Si me permite, atenderé a estos señores...

Scott Farrell se guardó los billetes, con un leve gesto de contrariedad, y miró a las dos personas que esperaban junto a él hacía unos minutos. Un hombre de unos cincuenta años y una muchacha de alrededor de veinte. Habían llegado en coche, por delante del que conducía Farrell, pero éste, con sólo una maleta por todo equipaje, se había adelantado a ellos para entrar en el hotel... Parecían un padre y una hija. El padre era un hombre corriente. La hija era un precioso bomboncito, rubia y de ojos azules. Una muñequita.

—¿Diga, señor? —inquirió el conserje.

—Libby —se presentó el padre de la muñequita—. Tengo reservadas dos habitaciones desde hace más de dos meses.

El conserje sonrió, recurrió de nuevo al libro de reservas, y amplió su sonrisa.

—Señor y señorita Libby —asintió—. Sí, señor Libby, tenemos preparadas sus habitaciones. Una semana, ¿verdad?

—En efecto.

—Pueden ocuparlas inmediatamente. ¿Quieren firmar, por favor?

El hombre llamado Libby se dedicó a firmar en el libro de registro, mientras el conserje descolgaba dos llaves del casillero, y las tendía a uno de los tres botones que esperaban cargados con el abundante equipaje de los Libby. El padre había firmado ya, bajo la atenta mirada de Scott Farrell, que parecía negarse a aceptar la realidad de que no podría alojarse en el estupendo Hotel Oso Blanco de Sun Valley, Idaho, una de las estaciones invernales de más renombre en el mundo entero.

Afuera, todo estaba nevado; pero aquella mañana lucía un espléndido sol, y por las laderas llenas de nieve se veían descender puñados de esquiadores, ataviados con jerseys de colores vivos, lanzando al aire nieve pulverizada bajo sus esquíes...

—Muchas gracias, señor Libby. Sean bien venidos, y espero que su estancia entre nosotros sea muy grata.

—Gracias —sonrió el hombre.

La muñequita también sonrió al conserje, pero mirando de reojo a Scott Farrell, que finalmente parecía un poco enfurruñado. Los Libby se alejaron en pos de los botones cargados con el equipaje, y el conserje se disponía a comentar algo con Farrell cuando llegaron dos clientes más. Dos hombres. Altos, recios, de rostro seco y mirada penetrante. Cada uno de ellos llevaba una pequeña maleta, para cuyo transporte no parecían haber considerado necesaria la ayuda de ningún botones.

Estaba bien claro que habían llegado al hotel después que los Libby y Scott Farrell. Pero, como los Libby, no tuvieron la menor dificultad en ser admitidos cuando dijeron sus nombres: Spencer Leeper y Walter Hormon. Habitaciones 32 y 34. A los Libby les habían correspondido las 22 y 24, Farrell lo recordaba bien...

Ahora, sí, un botones resultó necesario para los señores Leeper y Hormon; el muchacho, se hizo cargo de las llaves, y emprendió la marcha, seguido por los dos últimos clientes.

—Vaya —refunfuñó Farrell—: al parecer, todo el mundo tiene sitio aquí, menos yo.

—Usted habrá escuchado, sin duda, señor Farrell que estas personas, tenían reservadas sus habitaciones —replicó el conserje.

—Sí, desde luego... ¿Y qué hago ahora?

—Podría sugerirle algún otro hotel de Sun Valley, pero me temo que en todos le dirán lo mismo. Creo que debería usted intentarlo en Ketchum, que está a una milla escasa de aquí; es posible que allá encuentre alojamiento en algún hotel.

—Yo quiero quedarme en éste.

El conserje sonrió, muy amable, pero con la expresión benevolente de quien oye a un niño pidiendo la luna. Scott Farrell le dirigió una hosca pero simpática mirada, y luego se dedicó a mirar a su alrededor.

No había mucha gente en el vestíbulo, porque la mayoría de los clientes del White Bear Hotel estaban en las pistas de nieve, o en la terraza, tomando el sol y charlando, impecables con sus gruesos jerseys de gran calidad, sus sólidas botas, sus gorritos de lana de colores, sus anoraks...

Enfrente mismo de Scott Farrell, ocupando sendos sillones había una muchacha y un hombre. El hombre estaba pensativo, como preocupado, mirando hacia donde acababan de desaparecer los dos últimos recién llegados a Sun Valley, los señores Hormon y Leeper. La muchacha parecía adormilada, hundida en el confortable sillón..., pero con la pierna derecha extendida, colocado el pie escayolado sobre un pequeño taburete tapizado de cuero. De la muchacha sólo podía ver sus largos y rojos cabellos, que caían hacia adelante, ocultando casi completamente el rostro.

Durante unos segundos, Scott Farrell estuvo mirando al pie escayolado de la muchacha; luego, miró al hombre que estaba sentado tan cerca de ella, y algo pensó que no debió gustarle... Pero, en aquel momento, el hombre se puso en pie, y fue hacia uno de los teléfonos de línea directa del vestíbulo. Scott Farrell le estuvo observando mientras hacía la llamada, que duró dos minutos escasos. Luego, cuando esperaba que el hombre volviese a sentarse junto a la pelirroja, se llevó un chasco, pues el hombre se dirigió hacia la salida, a la terraza, sin duda a tomar el sol.

Entonces, Scott Farrell fue a sentarse en el sillón que había

ocupado hasta entonces el otro, es decir, junto a la muchacha. Podía extender el brazo derecho y tocarla. Pero, claro, no iba a hacer eso.

Lo que hizo fue encender un cigarrillo, y disponerse a esperar, bajo la desconcertada mirada del conserje.

Su espera no duró más allá de seis o siete minutos, cuando un grupo de jóvenes, todavía salpicados de nieve, entraron en el hotel, conversando animadamente y riendo sobre las incidencias habidas en las pistas. Entonces, la pelirroja alzó la cabeza, parpadeó, y finalmente frunció el ceño, como disgustada por haberse adormilado.

—Buenos días, —dijo Scott Farrell, muy serio.

La muchacha lo miró, y sonrió. Y entonces, ¡pam! El señor Farrell notó una especie de trallazo en todo el cuerpo, porque en toda su vida había visto unos ojos como aquéllos, tan grandes y hermosos, de color verde, como está mandado en una pelirroja auténtica. Y puestos a puntualizar detalles, había que tener también muy en cuenta la boquita roja y redonda de la pelirroja, y la barbilla, que tenía un encantador hoyuelo. ¿Y qué decir de las pecas que salpicaban la linda carita...? El trallazo estaba justificado. Justificadísimo.

—Buenos días —sonrió ella—. Merezco ese saludo, porque me he dormido como una tonta.

Scott Farrell se quedó boquiabierto.

—¿Es usted tonta? —exclamó.

La muchacha se echó a reír, y Farrell pensó que estaba oyendo música de campanillas hechas de nieve y de cristal. Era una cosa tonta, pero sí la pensó.

—Tontísima —aseguró ella—. ¿No ve usted mi pie?

Señaló el pie escayolado colocado sobre el taburete. Scott vio además la preciosa rodillita, pues la pelirroja llevaba una falda que casi era mini. Y además de la rodillita, una pequeña porción de pierna muy blanca y fina.

—Pues sí —dijo—: veo su pie. Quiero decir que veo la escayola que cubre su pie.

—Está roto.

—Ah. Entonces, el tonto es el pie, no usted. Y dígame: ¿cómo se lo rompió?

Ella se sorprendió, pero de nuevo volvió a reír... Era

encantadora.

—En este lugar, los pies, o las piernas, o todo el cuerpo, sólo se rompen de una manera: esquiando.

—Ah, claro..., ¿sabe usted esquiarse?

La muchacha quedó pasmada un instante.

—Un poco —admitió—: ¿Y usted?

—Líbreme el buen Dios.

—¿Cómo dice?

—Que no estoy loco, señorita... señorita...

—Creviston.

—Scott Farrell —se incorporó éste en el sillón un instante—. Encantado, señorita Creviston.

—Lo mismo digo —volvió a reír ella—. ¿Por qué dice que no está loco, señor Farrell?

—Pues porque... Vaya, en mi opinión hace falta estarlo para ponerse encima de dos palitos y lanzarse montaña abajo a cuarenta millas por hora. O a más.

—De donde se desprende que usted no ha esquiado nunca.

—Lo repetiré: ¡líbreme el buen Dios!

—Amén —lanzó ella un tintineo de nieve y cristal—. Pero si no ha venido usted a esquiarse..., ¿qué hace aquí señor Farrell?

—Negocios muy importantes.

—¿De veras? ¡Vamos...! ¡Aquí nadie viene a hacer negocios sino a divertirse en la nieve!

—Pues ya ve, yo soy un tipo raro. Por poco bien que me mire usted, señorita Creviston, comprenderá que mi fuerte no es el deporte. Soy flacucho, debilucho, pequeñajo, y tengo menos músculos que un zapato. En cambio —se apresuró a decir mientras ella reía una vez más—, tengo una buena cabeza. Quiero decir que soy un tipo listo.

—Estoy convencida de ello... ¡Y además, es simpático!

—¿Lo cree así? Muchas gracias. Caracoles, yo diría que estoy teniendo éxito con usted, ¿verdad?

—¡Mucho! —La pelirroja estaba gastando su ración de risa de una semana, por lo menos—. Mucho éxito, señor Farrell. Y le diré la razón: no es usted un guapo, atlético, arrollador... y cargante jovencuelo siempre dispuesto a pavonearse.

—¿Y de qué podría pavonearme yo?

—Todas las personas tiene motivos para enorgullecerse de algo... ¿Me invita a fumar?

—Con muchísimo gusto. —Farrell le ofreció un cigarrillo y se lo encendió—. ¿Va a dejar usted el hotel, señorita Creviston?

—¿Dejarlo? —se sorprendió ella—. Desde luego que no. ¡Pero si llegué hace solamente dos días!

—¿Y ya se ha roto un pie? ¡Caracoles...! Usted es de las que no pierden el tiempo, por lo que veo.

—El pie —volvió a reír ella— me lo rompí hace seis semanas ya, señor Farrell.

—¿Y se ha pasado seis semanas sentada aquí...?

—No, no, no... Se lo explicaré: vine aquí a esquiar, me rompí el pie, y me marché. Y he vuelto porque hoy o mañana me van a quitar el yeso, y quiero estar aquí entonces.

—¿Para volver a esquiar?

—Exactamente. ¿Le parezco tozuda?

—Un poco precipitada, nada más. Debería usted dedicar un tiempo a recuperación, supongo. Me parece una imprudencia salir de un accidente y arriesgarse a tener otro. Claro que no soy médico, así que...

—No pienso volver a esquiar enseguida, pero me gusta estar aquí, y mientras me recupero totalmente, me voy ambientando.

—Eso sí tiene sentido. Vaya... ¿De manera que no va usted a dejar el hotel?

—No. Hoy o mañana vendrá mi médico, me romperá la escayola..., y seguiré aquí más o menos hasta que desaparezca la nieve. Salvo mejor fin, se entiende. ¿Usted se va a quedar muchos días?

—Ni uno solo. Cuando la he visto con el pie escayolado, he pensado que podría quedarme, pero ya veo que no.

—Me parece que no le entiendo.

—Pues al verla con el pie roto, he creído que iba a abandonar el hotel, y por tanto, yo podría haber ocupado su habitación... Resulta que no reservé ninguna, he tenido que venir de improviso, y como no hay sitio para tontos como yo, pues... ¡adiós, Sun Valley! Tendré que arreglármelas de otro modo, claro... Dejaré un recado a mi cliente, para que me espere, y tendré que pasarme el día aquí esperándolo a mi vez.

—¿Espera usted a un cliente?

—Sí. Soy abogado.

—Ya. Y esos negocios... ¿son muy importantes?

—Para mí, sí. Puedo convertirme en el abogado más famoso de Portland..., Oregon.

—Le voy a hacer un trato, señor Farrell: le consigo inmediatamente una habitación en este hotel si me invita a cenar esta noche.

—¡Caracoles...! ¿Habla en serio?

—Muy en serio.

—¡Acepto encantado! Pero no comprendo... Bueno, en primer lugar, no hay ni una sola habitación libre en el hotel. Y luego, no entiendo por qué quiere usted cenar conmigo...

—Porque es simpático. ¿Le parezco demasiado desenvuelta, quizá?

—A mí me gustan las chicas desenvueltas —aseguró Scott Farrell—: Resulta que yo no lo soy, y si me encuentro con una jovencita tan insípida como yo, pues, ¡estamos listos! Pero, señorita Creviston, ¿por qué lo hace? ¿De verdad le resulto tan simpático?

—De verdad —rió ella.

—Vaya Debe ser debido al curso que tomé por correspondencia.

—¿Qué curso?

—Uno que decía que estudiando en casa, en menos de tres meses se convertía uno en un titán de la simpatía...

—Magnífico curso.

—Me suspendieron. Dijeron que no servía para ser simpático.

La pelirroja se echó a reír una vez más.

—¡Ese curso debía ser una estafa! —afirmó—. Y la prueba es que va a tener usted habitación enseguida. Espéreme aquí.

La muchacha se puso en pie, y Farrell la imitó rápidamente, dispuesto a ayudarla, pero ella negó con un gesto, y comenzó a caminar hacia el mostrador de conserjería... Pero se detuvo enseguida, Y Farrell se apresuró a acudir junto a ella, sujetándola de un brazo.

—Permítame que la ayude...

—No, no. Ya camino bien, señor Farrell Pero noto una molestia dentro de la escayola, algo se me clava en la pierna... Espero que no se me haya roto algo más... Parece como si tuviese algo dentro,

suelo...

—Pues no creo que eso sea un hueso.

—No —rió todavía otra vez ella—. Bueno, habrá caído algo, y es natural que me moleste. Es que la escayola ya baila mucho... ¡Qué horror! Cuando Sandy me quite la escayola voy a contemplar una pierna flacucha, arrugada...

—Pero en poco tiempo se le pondrá como la otra —consoló Farrell—. Y vale la pena esperar para ver dos piernas iguales. Permítame ayudarla.

—No, no, de veras. Usted espere aquí.

—Como guste.

La bella y asequible pelirroja continuó hacia el mostrador, y allá, estuvo unos segundos hablando con el conserje. Primero, éste se sorprendió, luego frunció el ceño, y finalmente sonrió, asintiendo con la cabeza. Miró a Farrell, que los contemplaba expectante, y le hizo una seña. Farrell fue allá, y se quedó mirando la llave que le tendía el conserje.

—La 29, señor Farrell —dijo—; un botones le acompañará.

—Muchas gracias. Bueno, señorita Creviston, no sé cómo agradecerle...

—No tiene importancia. Pero no olvide el trato.

—Le aseguro que tan, tan, tan tonto no soy. Gracias de nuevo y hasta luego... Oh, me olvidaba... —Miró al conserje—. ¿Quiere ponerme con este número de Portland dentro de cinco minutos?

Lo anotó, se volvió hacia el botones que ya tenía la llave en una mano y su maleta en la otra, y tras una simpática sonrisa a la señorita Creviston, se alejó.

Poco después, entraba en la habitación 29. Dio una propina al botones, cerró la puerta, y fue a dejar la maleta sobre la cama. La abrió, se volvió hacia el armario, abrió las dos hojas centrales..., y se quedó mirando los vestidos de mujer allí colgados. Parpadeó, abrió uno de los cajoncitos, sacó una prenda, y la alzó. Una sonrisa divertida apareció en su delgada boca de cepo mientras los sujetadores femeninos oscilaban ante sus ojos.

—Interesante —dijo en voz alta—. Altamente interesante.

Dejó cuidadosamente la prenda, apartó unos cuantos vestidos hacia la izquierda del armario, y colgó sus ropas. Estaba cerrando el armario cuando sonó el teléfono. Fue a sentarse en la cama, y

descolgó el auricular.

—¿Sí?

—...

—Gracias. Póngame, por favor... ¿Mike?

—¿...?

—Sí: Scott. ¿Cómo van las cosas por el despacho?

—...

—Estupendo. Bueno, te llamo desde Sun Valley, desde el White Bear Hotel, hemos llegado sin novedad.

CAPÍTULO II

—¿Alguna novedad. Salk? —preguntó Robert Libby, sentándose en un taburete ante la barra, junto a Melvin Salk.

—Ninguna, señor Libby —murmuró Salk.

—Espléndido. ¿Y la llave?

Melvin Salk fijó la mirada en su vaso de *whisky*. Igual que Libby, hablaba con naturalidad, como en una conversación casual y de pura cortesía entre dos personas que viven, bajo el mismo techo, dispuestos a pasar unos días de descanso. Y de recreo.

El bar del hotel estaba muy animado, se oían risas y bromas sobre algunos momentos en verdad divertidos vividos por los esquiadores, la mayoría jóvenes. Era un ambiente muy grato, recogido, y la gran chimenea, con gruesos troncos ardientes, contribuía no poco a dar la auténtica y comfortable sensación de alta montaña. Las paredes estaban forradas de madera, y en varios pantos se veían adornos muy adecuados, esquíes cruzados, pieles de oso...

El camarero se acercó a Libby, que pidió también un *whisky*, y volvió a mirar a Salk, fruncido el ceño levemente.

—¿Y la llave? —insistió.

—La tengo yo.

—Por supuesto. —Libby parecía sorprendido—. Así se convino, y no era probable fallo alguno en ese sentido. ¿La lleva encima?

Melvin Salk se removió, un poco inquieto. Por el espejo, miró hacia su espalda. En una mesa, los dos hombres que habían llegado al mismo tiempo que Libby y su hija, los llamados Spencer Leeper y Walter Hormon, conversaban tranquilamente, sin mirarles, tomando también *whisky*. En otra mesa, serio, impecable, y como desvalido, consultando con frecuencia su reloj, estaba el sujeto de los lentes

que también había llegado cuando los Libby y los otros dos, bebiendo jugo de tomate, o algo parecido; tenía un aspecto de intelectual que tiraba de espaldas.

La respuesta de Salk, si así podía considerarse lo que dijo, no tuvo nada que ver con la tan interesante llave:

—No sabía que fuese a venir usted con su hija —murmuró.

—Pequeños detalles del plan que no creo fuesen de importancia para usted, Salk. ¿O sí?

—No... No, desde luego. Los vi llegar. Yo estaba...

—Vamos, hombre —sonrió amablemente Libby—. Yo también le vi a usted. Estaba sentado en el vestíbulo, junto a una chica pelirroja que tiene escayolado un pie. Por un momento, temí que me estuviese esperando para decirme que algo había salido mal.

—No... todo va bien. Estaba allí para asegurarme de que usted llegaba. Pero no sabía que vendría su hija.

—Demonios —masculló Robert Libby—, ¿qué importancia tiene eso para nuestro asunto? Ya que tanto le interesa, le diré que estaba previsto así desde un principio, hace ocho o diez semanas que yo había reservado habitaciones en este hotel, para pasar unas cortas vacaciones de invierno con Hazel. Debido a mi mucho trabajo, mi hija y yo no nos vemos mucho... Así que a nadie le extrañará que tuviese planeadas estas vacaciones con ella. Y como las reservas en el hotel estaban hechas antes del atraco, todo tiene sentido. Pasó lo que paso, yo he tenido unas semanas pésimas después de eso, y por fin he decidido no cancelar mis vacaciones, aparentemente más por complacer a mi hija que por deseos personales de venir aquí... Pero el hecho cierto es que a quien interesaba venir aquí, para encontrarnos según lo convenido, era a mí, a fin de terminar el asunto. Y aquí estoy, ya nos hemos encontrado... Ahora repetiré la pregunta: ¿y la llave?

—La llevo encima, sí.

—Muy bien. ¿El dinero está en el lugar convenido?

—Naturalmente.

—De acuerdo. Sólo falta que me entregue la llave, y el asunto estará prácticamente liquidado.

—Prácticamente..., pero no totalmente. ¿Ha traído usted mis cuatrocientos mil dólares?

—Estarán en el hotel esta misma noche.

Melvin Salk miró vivamente a Robert Libby.

—¿Qué quiere decir con eso? —exclamó.

El camarero regresó, colocando el vaso de *whisky* delante de Libby, que esbozó una sonrisa de gracias, y bebió un sorbo. Cuando el camarero se hubo alejado para servir a otro cliente, dijo:

—Quiero decir que todavía no tengo el dinero aquí, pero que lo tendré muy pronto..., con toda seguridad, Salk.

—Bueno —vaciló Salk—. No se lo tome a mal, pero...

—Vamos, vamos —cortó amablemente Libby—. No pensará que estoy jugando sucio, ¿verdad? Hicimos un trato, cada uno de nosotros va a ganar cuatrocientos mil dólares, y para mí es suficiente dinero. Espero que también lo sea para usted, Salk.

—Si llego a tenerlo, sí.

—No diga más tonterías —refunfuñó Libby—. Le aseguro que van a traerme el dinero muy pronto. Sólo tendrá que hacerse cargo del maletín, y marcharse del hotel... Supongo que se reunirá con los otros tres.

—Claro. Me están esperando.

—¿Dónde?

—En Hailey, está a unas doscientas millas de aquí...

—Ya sé... Me complace mucho que tanto usted, como Craig, Kimberley y Griffin estén haciendo bien las cosas. ¿Están ellos en un hotel, en Hailey?

—Sí, claro.

—¿En qué hotel?

—El Atlanta. ¿Por qué?

—Por nada. —Libby alzó las cejas—. ¿Qué demonios le pasa, Salk? Estoy hablando y hablando con el único objeto de tranquilizarlo, pero usted parece que se empeña en ver las cosas difíciles... ¿Acaso teme algo?

Melvin Salk se pasó la lengua por los labios, y miró disimuladamente por el espejo hacia la mesa que compartían los hombres llamados Walter Hormon y Spencer Leeper.

—No... No, señor Libby. Bueno, en realidad...

—¿Sí? Vamos, termine.

—Pensaba en la policía.

Robert Libby tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar un bufido.

—La policía —masculló—. ¡Tonterías! En estos momentos después de transcurridas cuatros semanas del atraco, la policía todavía debe estar haciendo el tonto por la frontera con México..., mientras que nosotros estamos más bien cerca de la frontera canadiense. Todo lo planeé demasiado bien para no temer nada, Salk.

—Ya lo sé. Pero un robo de un millón doscientos mil dólares en un Banco no es ninguna tontería. Y murieron dos personas, señor Libby...

—Usted y los otros tres fueron los que dispararon —replicó secamente Libby.

Éste, un poco pálido de pronto, se volvió a mirarlo fijamente.

—Nosotros disparamos, en efecto... Pero no olvide que fue usted quien lo planeó todo. Absolutamente todo... Incluidas esas dos muertes.

—Eran necesarias. De otro modo, jamás podrían haberse llevado el dinero. Como director del Banco que ustedes asaltaron, lo sé muy bien. Era necesario hacerlo, y se hizo. De otro modo, habría sonado la alarma, y se habrían disparado las cámaras de vigilancia fotográfica. Hacía tiempo que yo tenía pensado hacer eso, Salk, así que lo fui planeando cuidadosamente en todos sus puntos. El primero de ellos, por supuesto, era hacer las cosas de modo que nadie pudiese sospechar que yo, el propio director de la sucursal del Banco, había preparado el atraco. Eso se consiguió. El segundo punto era proporcionar a usted, Kimberley, Griffin y Craig, la máxima seguridad en el atraco a fin de que más adelante no pudiesen ser identificados en modo alguno a pesar de ya llevaban las medias cubriendo sus rostros... Y para conseguir eso, la seguridad en el atraco y la seguridad posterior de que de ninguna manera podrían ser identificados por sus ropas, o estaturas, o alguna otra señal, había que matar al empleado que controlaba la alarma y al que pondría en marcha las cámaras fotográficas. Así se hizo, ha pasado un mes, y todos estamos libres y sin molestias de ninguna clase. Ustedes tenían que llevar el dinero al lugar convenido, usted debía venir solo a este hotel, en el cual ya había hecho reserva, y entregarme la llave que corresponde al casillero de la terminal de autobuses donde ha dejado el millón doscientos mil dólares... ¿Correcto?

—Sí... Sí, sí.

—Pues muy bien, aquí estamos, tranquilamente, tomando unos *whiskys*, fuera de todo peligro, y sin más cosa que hacer que terminar. Usted debe entregarme la llave del casillero de la terminal de autobuses y yo tengo que darle cuatrocientos mil dólares...

¿Cuál es la dificultad, maldita sea, Salk?

—Realmente, la única es que no veo mis cuatrocientos mil dólares.

—De acuerdo —la mirada de Robert Libby se endureció—. Eso quiere decir que usted no confía en mí. Lo cual resulta gracioso, yo les confío un millón, doscientos mil dólares, y usted no quiere esperar unas horas para tener sus cuatrocientos mil. Sí, muy gracioso.

—Usted sabe que mis compañeros y yo no podríamos hacer nada con ese millón y pico, todos los billetes eran nuevos, recién llevados a su Banco, y la numeración es conocida por todas las policías de todo el país. Seríamos unos imbéciles si intentásemos movilizar esos billetes.

—En cambio, yo los tengo colocados —sonrió fríamente Robert Libby—. Siempre todo bien pensado, siempre sin riesgos, Salk... Pero me parece que estamos hablando demasiado. Resúmanlos: ¿quiere entregarme la llave o no?

Melvin Salk vacilaba visiblemente, pero acabó por hacer un gesto afirmativo.

—Está bien, señor Libby. No se moleste conmigo... Creo que estoy nervioso sin motivo alguno. Le daré la llave.

Metió la mano derecha en un bolsillo, y sacó un paquete de cigarrillos, que ofreció a Robert Libby. Éste adelantó la mano, tomó un cigarrillo del paquete..., y mientras tanto, Salk dejó caer la pequeña llave en la palma de su mano, que Libby cerró rápidamente...

Con toda naturalidad, encendieron los cigarrillos, y finalmente, con no menos naturalidad, Libby se metió la mano en un bolsillo, dejando caer el llavín, y sacando un billete, que dejó sobre el mostrador.

—Yo invito —sonrió.

—Gracias. ¿A qué hora calcula que llegará su dinero?

—No lo sé. Pero llegará, se lo garantizo. De todos modos, será

mejor que terminemos de hacer todo esto con gran discreción...
¿Cuál es su habitación?

—La 21.

—Está bien. Le llevaré el dinero allá a una hora discreta. Y sería conveniente que usted abandonase el hotel por la mañana.

—Sí... Y se convino así, de acuerdo, señor Libby.

Robert Libby miró su reloj, y alzó las cejas.

—Hazel se está retrasando —comentó.

—Las mujeres siempre se retrasan —intentó sonreír Salk.

—Sí... ¿Se da cuenta? Esto parece una conversación de lo más normal, Salk. No hay nada que temer, hombre. Ahora, yo le pediré disculpas por retirarme, y cuando regrese con mi hija, todos comprenderán que he ido a buscarla... Todo normal, todo con sentido. Si está usted todavía aquí cuando entremos, se la presentaré, charlaremos de tonterías... ¿Quién va a poder imaginar lo que realmente estamos haciendo aquí?

—Bueno —suspiró Salk—. Verdaderamente, creo que me he dejado dominar por los nervios.

—¿Pero ya ha pasado? —sonrió Libby.

—Sí, desde luego.

—Estupendo. —Libby señaló su reloj—. Hasta la vista, señor Salk. Voy a ver qué le pasa a mi hija que se retrasa tanto.

—Hasta la vista, señor Libby.

Éste bajó del taburete, y se dirigió tranquilamente hacia la puerta del bar. Nadie parecía prestarle la menor atención. Y menos que nadie, el delgado y muy serio personaje de los lentes, el casi melenudo Scott Farrell, que seguía entusiasmado con su jugo de tomate o lo que fuese.

Así que nadie pudo ni tan siquiera sospechar que el señor Libby, al pasar junto a la mesa que ocupaban los caballeros Walter Hormon y Spencer Leeper, musitó tan sólo estas dos palabras:

—La 21.

Incluso él mismo debió quedar en la duda de si le habían oído.

Salió del bar, cruzó el vestíbulo, y se dirigió hacia las escaleras. El y su hija tenían las habitaciones en el segundo piso, pero Robert Libby se adentró en el pasillo del primero, y lo recorrió hasta llegar ante la puerta señalada con el número 7. Llamó con los nudillos, tras mirar a ambos lados del pasillo, asegurándose de que nadie le

veía.

La puerta se abrió enseguida, y Libby entró, sin preámbulo alguno. Era una de las *suites* delanteras, y el saloncito estaba orientado hacia las pistas de nieve, que se veían a través del amplio ventanal. Quedaban unos pocos esquiadores deslizándose sobre la nieve, que comenzaba a tomar un color rosado de puesta del sol.

El hombre que había abierto la puerta señaló hacia el que estaba cómodamente tumbado en un sillón, delante del ventanal, y cerró la puerta. Libby fue a ocupar un sillón junto a la ventana también, y miró atentamente al gordo, sonriente, lustroso personaje que parecía deleitarse con la puesta de sol.

—Hola, Mac Kenna —saludó.

El gordo movió una mano. Sonreía beatíficamente.

—¿Qué tal, señor Libby? —Correspondió.

—Muy bien. Podemos proceder.

—Esto es estimulante... Oh, no me refiero a sus palabras que indican que todo va bien, sino a este paisaje. Nunca había estado antes en Sun Valley..., y creo que he estado haciendo el tonto. Vendré aquí con frecuencia. El sitio es bueno, los hoteles son de primerísima categoría, la comida es excelente, hay buen ambiente... Me gusta. —Le celebro— sonrió Libby. —¿Ha traído el dinero?

—Sí.

—¿Seiscientos mil?

—Eso fue lo convenido ¿no?

—¿Puedo verlo?

—Desde luego —el gordo llamado Mac Kenna se volvió hacia el que había abierto la puerta a Libby—. Tráelo, Jack.

—Okay.

Jack fue al dormitorio, y regresó segundos después con una maleta, que depositó sobre la alfombra, ante los pies de Libby, que pareció vacilar, y miró al gordo.

—Tranquilo —sonrió éste—. Estamos entre gente seria, señor Libby. Ya sabe que a mí no me gustan las bromas. Si los demás cumplen, yo cumplo, así que... tranquilo. Vea el dinero, si quiere, de todos modos.

Robert Libby se inclinó, abrió la maleta, y se quedó mirando los fajos de billetes viejos y de diversas nominaciones. Había incluso algunos fajos de billetes de a dólar.

—Está bien —murmuró.

—Tal como se convino; billetes viejos, muy usados, de ya larga circulación por el país... Imposible que estén localizados en modo alguno. ¿No quiere contarlos?

—Si usted dice que hay seiscientos mil, es que hay seiscientos mil —sonrió crispadamente Libby.

—Un formidable botín el suyo, señor Libby.

Robert Libby también sonrió, con una pizca de sarcasmo.

—El suyo es mejor, Mac Kenna: por no hacer nada, un millón doscientos mil dólares.

—Sí... A primera vista, parece que yo hago el gran negocio —asintió Orville Mac Kenna—. Pero no es tanto, de veras. Tenga en cuenta que sus seiscientos mil son limpios, sin problemas. En cambio, yo tendré que transportar el millón doscientos mil dólares cuya numeración conoce todo el país.

—Comprendo que es una molestia —asintió Libby—. Pero ganar el cincuenta por ciento en una operación así, no es cosa de todos los días. Y su riesgo, me parece, siempre va a ser inferior al mío.

—Todo tiene sus riesgos —puntualizó amablemente Orville Mac Kenna—. Para usted fue un riesgo planear el golpe contra su propio Banco, y conseguir ese millón y pico que acababa de llegar a su caja fuerte... Le salió bien, y le felicito por ello. Pero ¿qué haría usted con ese millón doscientos mil dólares si yo no se lo comprase?

—No lo sé —rió Libby.

—Es como tener un hipopótamo en el jardín, no sirve para nada. En cambio, yo le doy seiscientos mil dólares qué usted puede manejar a su antojo, y me encargo de colocar el millón y pico de billetes numerados en un sitio poco comprometido... Vamos, señor Libby, vamos... Usted tiene que estar muy satisfecho de todo esto, de la operación. De todo.

—No me ha salido mal —admitió Libby—. Me llevó meses planearlo, pero ha valido la pena. ¿Dónde colocará usted esos billetes de numeración conocida?

—Seguramente, se... desparramarán por toda Europa. Y no crea que eso es fácil. Hay gastos, contrariedades, peligros... Pero no me quejo —se apresuró a aclarar—. Por mí está bien. Usted ha corrido su parte de riesgo, y luego me tocará a mí. Bien, ahora me toca a mí hacer la pregunta: ¿tiene el dinero?

—Sí.

—¿Dónde?

Robert Libby sacó la llave que le había entregado Melvin Salk en el bar.

—Aquí —sonrió.

—¿Una caja de seguridad? —sonrió también Mac Kenna.

—Mejor; una taquilla de una terminal de autobuses. Ya sabe, una de esas grandes estaciones donde se alquilan compartimientos en los que muchos viajeros dejan parte de su equipaje, paquetes...

—Sí, sí, sí... Buena idea; sus hombres realizan el atraco y se van hacia el norte mientras la policía los busca en el sur, pensando con toda lógica que querrán pasar a México; pero lo que hacen sus hombres es ir hacia el norte, buscan una terminal de autobuses, alquilan un compartimiento, y meten allá un par de maletas... con un millón doscientos mil dólares. Formidable. Genial, en suma.

—Gracias. Creo...

—Hay un punto de interés en todo esto —deslizó melosamente Orville Mac Kenna—, y es la posibilidad de que sus hombres le estén tomando el pelo, señor Libby.

—¿Salk y los otros? No... No, no, seguro. El dinero está allí. Mac Kenna. Sólo tiene que ir allá, abrir el compartimiento y retirar el dinero. Luego, usted verá cómo se las arregla para llevarlo hasta Europa.

—Sí, eso es cuenta *mía*: Pero no tema, estamos muy bien organizados hace tiempo. ¿Me entrega esa llave?

—Todavía no puede usted marcharse de aquí, Mac Kenna —dijo con voz tensa Libby—. En nuestro trato, usted tiene qué hacer algo más.

—Yo nunca falto a mis compromisos —tendió la mano Orville Mac Kenna, para tomar la llave, que examinó con indiferencia—. No veo ninguna indicación en esta llave, señor Libby.

—No importa. Sé muy bien cuál es el compartimiento que mis hombres alquilaron; el 181, en la terminal de autobuses de Boise.

—Ajá. En este mismo Estado, cerca de aquí. Magnífico —se guardó el llavín—. Nos ocuparemos ahora de la parte final. ¿Entiendo que usted ha traído a dos... especialistas?

—Sí. Se llaman Spencer Leeper y Walter Hormon. Ya les he dado a entender que pueden terminar con Salk a la menor oportunidad.

Los otros tres se llaman Earl Craig, Pernell Griffin y Oliver Kimberley; están alojados en Hailey, a unas doce millas de aquí, en el Atlanta Hotel.

—Entendido. ¿Recordará bien esos nombres, Jack?

El otro asintió con la cabeza, sonriendo secamente.

—Seguro que sí, jefe.

—Muy bien. —Mac Kenna volvió a mirar a Libby—. Pues, señor Libby, creo que hemos terminado.

—No olvide esa partida final —susurró Libby.

—Yo nunca olvido nada, ni dejo de cumplir mis compromisos, señor Libby. Ya le he dicho que somos gente seria... Comprenda que una organización dedicada a trasladar millones de dólares a todo el mundo tiene que ser una empresa seria, que inspire confianza... a las personas como usted, claro. Nos conviene así. En su caso, probablemente, jamás volverá a recurrir a nosotros, pues no creo que sea tan loco como para organizar otro atraco, ¿verdad?

—Lógico. Pero..., ¿quién sabe? Es muy posible que dentro de algún tiempo, usted conozca a alguna persona que nos necesite, y entonces, nos recomendaría con gran entusiasmo, espero.

—En efecto.

—¿Se da cuenta? Por eso, la seriedad es ante todo. La seriedad y la eficacia. En nuestro trato, además de pagarle seiscientos mil dólares por su lote de un millón doscientos mil, se estipuló que nos encargaríamos de sus cómplices, y así lo haremos. Cuando esto termine, usted quedará solo, sin nadie que pueda comprometerle, le vamos a quitar de en medio a sus amigos. A todos. Y usted podrá volver dentro de una semana, tan tranquilo, a San Antonio de Texas, y más adelante darse la gran vida en cualquier parte del mundo con estos seiscientos mil dólares.

—Así lo espero —sonrió Libby.

—Bien... Sólo hay un detalle que quisiera aclarar, señor Libby; ¿por qué se ha traído usted a esos dos... especialistas del asesinato? ¿Es que no confía en nosotros?

—En ustedes, sí —se sobresaltó Libby—, pero no demasiado en Salk y los otros tres. Por eso contraté a Leeper y Hormon, ellos se encargarán de Salk, simplificándoles a ustedes el trabajo. Por cierto: ¿solamente dispone usted de Jack?

—Jack, es sin duda alguna, mejor especialista que los dos que

usted ha contratado. Pero no se preocupe; tengo otros dos hombres esperando. Según entiendo, Hormon y Leeper tienen ya pensado lo que han de hacer con respecto a Salk, ¿verdad?

—Sí. Lo matarán, y tienen preparado el medio para sacarlo del hotel. Ustedes sólo tienen que esperar.

—Muy bien. Esperaremos... Estaremos vigilando y cuando Leeper y Hormon salgan con el cadáver de Salk, los seguiremos, los mataremos también a ellos, y esconderemos adecuadamente sus cadáveres. Bien escondidos los tres cadáveres. Luego, emprenderemos el viaje hacia Boise, para recoger el dinero del compartimiento de la terminal de autobuses, pero..., pasando por Hailey, y concretamente, por el Atlanta Hotel, donde están esperando... ¿Jack?

—Earl Craig, Pernell Griffin y Oliver Kimberley —sonrió Jack.

—¿Se da cuenta de la excelente memoria de Jack, señor Libby? Bien... Nos encargaremos también de esos tres hombres, esconderemos sus cadáveres, y... ¡adiós!

Asunto terminado. ¿Le satisface así, señor Libby?

—Sí —murmuró éste—. Sí, me satisface.

Orville Mac Kenna señaló la maleta con el dinero.

—Es todo suyo —dijo secamente—. Ha costado, o está a punto de costar, nada menos que... ocho vidas. Que le aproveche.

Robert Libby palideció.

—¿Me está... reprochando algo, Mac Kenna?

—Adiós, señor Libby. Y no se preocupe, insisto en que nosotros cumpliremos toda nuestra parte. Acompañale, Jack.

Segundos después, Jack se sentaba en el sillón que había estado ocupado por Robert Libby, y se quedaba mirando fijamente a su jefe.

—¿Vamos a cumplirlo todo, realmente? —sonrió—. Desde luego. Así que avisa a William y Cornell. Tenéis que estar preparados los tres.

—Son muchas muertes por tan poco dinero, jefe. ¿Verdad?

—Sí. Eso es lo malo de tratar con aficionados... Pero eso es cuenta de Libby. El culpable de la muerte de los empleados de su Banco es él. Nosotros sólo eliminaremos gente de horca, Jack.

—Como nosotros —rió éste.

—Nosotros somos más elegantes —rió también Mac Kenna—.

Pero los negocios son los negocios. Ocúpate de todo.

—*Okay.*

CAPÍTULO III

Robert Libby localizó inmediatamente a su hija apenas regresar al bar, porque la muchacha alzó el brazo en gesto de llamada, haciéndose notar.

Y un poco perplejo por la inesperada compañía de su hija, se dirigió hacia aquella mesa, mientras dirigía una indiferente mirada hacia la barra, donde Melvin Salk, sombrío, pensativo, continuaba bebiendo *whisky*...

—Papá, ven, siéntate —rió la muñequita rubia de ojos azules—. Me estoy riendo como nunca.

—Bueno —refunfuñó Libby, ocupando una silla—, me alegro por ti, pero me gustaría saber dónde te has metido, querida.

—¿Yo? Estaba arriba, esperando que fuesen las siete.

—¿Las siete?

—Quedamos aquí a esa hora, ¿no lo recuerdas? —se sorprendió la muchacha.

—A las seis y media —volvió a refunfuñar Libby—, así que cansado de esperarte, subí a buscarte.

—Pero quedamos a las siete —protestó Hazel Libby.

—¿De veras? Pues lo siento... Bien, supongo que nos hemos cruzado, yo iba a buscarte y tu venías hacia aquí. Vaya, no tiene la menor importancia. ¿Entiendo que te estás divirtiendo?

—Mucho —volvió a reír Hazel—. Oh, te presento al señor Farrell. Señor Farrell, él es mi padre, Robert Libby.

—¿Cómo está, señor Libby? Tendió la mano Scott.

—Bien... Mucho gusto. Parece que ha conseguido quedarse en el White Bear, finalmente, señor Farrell.

—Pues...

—¡De eso precisamente estábamos hablando! —rió de nuevo

Hazel—. ¿A que no adivinas por qué estoy sentada en la mesa del señor Farrell?

—Supongo que te ha invitado. Muy amable de su parte.

—Yo quería... —empezó Farrell.

—Sí que me ha invitado —admitió Hazel—. Pero de un modo muy particular. Yo entré en el bar, y te estaba buscando cuando el señor Farrell se ha acercado y me ha dicho: «señorita Libby para que vea usted que no le guardo rencor, la invito a jugo de tomate».

—¿Rencor? —se sorprendió Robert Libby—. ¿Por qué tenía que guardarte rencor el señor Farrell?

—¡Por dejarle sin alojamiento!

—¿Cómo?

—El señor Farrell dice que si nosotros nos hubiésemos retrasado un día, seguramente le habrían dado una de nuestras habitaciones, ya que él sólo espera estar aquí un par de días, según sus cuentas.

—En realidad, todo depende de mi cliente —dijo Scott.

—Tiene usted un modo muy peculiar de ver las cosas —sonrió Libby—. Pero nosotros estábamos esperando estas cortas vacaciones desde hace un par de meses, señor Farrell, así que...

—Lo comprendo, lo comprendo... En cuanto a eso del rencor, pues... Bueno, usted va a perdonarme, señor Libby, pero...

—¿Pero...?

—Bien... La verdad es que ha sido una pequeña treta para presentarme a su hija y poder charlar con ella.

Robert Libby quedó estupefacto unos segundos, mientras Hazel volvía a reír, fijos sus hermosos y brillantes ojos en Scott Farrell.

—Bueno —admitió por fin Libby—, es un truco como otro cualquiera, señor Farrell. Sin embargo, no tiene usted el aspecto de uno de esos muchachos que se dedican a hacer amistades por los hoteles de lujo.

—Su hija tampoco tiene el aspecto de esas muchachas que se dedican a aceptar amistades por los hoteles de lujo —sonrió mansamente Farrell—. Por eso me interesó.

—Interesante respuesta. Y desde luego, no parece usted un... alegre deportista que...

—¡Papá! —protestó Hazel.

—He querido decir...

—No se preocupe, señor Libby —sonrió Scott—. Sé muy bien

que tengo menos músculos que un zapato. Pero no creo que hagan falta muchos músculos para trabajar en lo mío.

—¿Y qué trabajo es el suyo?

—Abogado. —Scott se tocó la frente—. Y ésta es la clase de musculatura que acostumbro a utilizar. Si se desarrollase igual que la de los brazos o las piernas, yo sería un cabezudo tremendo.

Hazel Libby volvió a reír.

—¡Papá, tienes que invitar al señor Farrell a cenar a nuestra mesa! —pidió.

Libby abrió la boca, pero Farrell se le adelantó, haciendo un gesto de desolación.

—Temo que no podrá ser —se lamentó—. Contraje un compromiso anterior, señorita Libby.

—Oh... Bueno, podría usted disculparse, y...

—Sería muy descortés y desagradecido por mi parte, francamente. Una persona me consiguió la habitación que ahora ocupo, y quedamos en cenar juntos.

—Es una mujer, claro —murmuró Hazel, bajando la mirada.

—Sí... sí, ciertamente... ¿No quiere usted tomar nada, señor Libby?

—Ya he tomado *whisky* antes, gracias.

—Ah, sí... Le vi antes en el mostrador, con aquel caballero —señaló con la barbilla hacia Salk, que estaba de espaldas a ellos—. No me diga que usted también soluciona negocios durante las vacaciones.

—Nunca desdeño un buen negocio —consiguió sonreír Libby—, pero ni siquiera conocía de antes al señor... Salk, creo que ha dicho. Hemos charlado de la nieve, del tiempo... Por cierto, me parece recordar que ha comentado que se va mañana, así que quizá pueda usted disponer de su habitación.

—Formidable idea —exclamó Farrell—, porque ahora estoy realquilado. ¿Viven ustedes por aquí, señor Libby? Quiero decir, cerca de Sun Valley.

—No, no... Somos de Texas.

—¿De Texas? Vaya, formidable. Esta mañana, el conserje hizo un comentario respecto a los tejanos... Algo así como que por allá se acostumbra decir que no se puede sacar petróleo de donde no hay... ¿Eso es verdad?

—Sí —rió Libby—, es verdad.

—Pues ya sé algo más sobre Texas. Yo soy de Portland, Oregon. Tengo allá un... Pero no debo hablar de mí. Soy tan pequeño que muy pronto terminaríamos. En cambio, usted... Caracoles, señor Libby, usted sí se ve importante, próspero, seguro de sí mismo... ¿Dice que es de Texas? ¡Ya sé! ¡Tiene usted unos cuantos pequeños cientos de pozos de petróleo!

—Me temo que no, señor Farrell. Soy un simple banquero.

—¿Una de esas personas que siempre están rodeadas de dinero?

—Sí. Pero dinero ajeno.

—Eso ya no me gusta tanto, la verdad —torció el gesto Scott Farrell—. ¿Le ocurre algo, señorita Libby?

—No —replicó ella, mohína.

—Me parece que sí —rió amablemente Libby—. Hazel está un poco mimada, señor Farrell, y no tiene costumbre de quedarse sin lo que desea. Su negativa a cenar con nosotros la ha desmoralizado.

—Ah... Entonces, ¿es culpa mía? Lo siento de veras. Pero si la actitud del cliente que estoy esperando es razonable, podré quedarme un par de días más, y entonces estaría encantado de complacerla, señorita Libby... ¿Le parece bien mañana?

—Podría ser hoy —insistió la muchacha.

—¿Estaría usted conmigo si yo fuese descortés y maleducado? —se interesó Farrell.

—El tiene razón, hija —sonrió Libby—. Vamos, sé consecuente.

—Está bien —se resignó de mala gana Hazel—. ¡Pero mañana por la mañana iremos a esquiar juntos!

—¿Esquiar yo? ¡Usted me odia, señorita Libby!

—¿Yo? —respondió la muchacha.

—Mire, si yo me pongo encima de esas dos maderitas y me lanzo montaña abajo, pues... seguramente tendrían que bajar a recoger mis pedazos envueltos en nieve al fondo del valle. O quizá tendrían que despegar mi nariz de un abeto. Aunque bien pensado, lo más seguro es que no avanzaría ni una yarda sobre los esquíes O bien...

—Total —rió Libby—, ¡que no sabe usted esquiar!

—No, señor. ¿Usted sí?

—Lo justo para quedar bien.

—Pues le envidio. Claro que podría... Oh. ¿Me perdonan un minuto, por favor?

—Desde luego.

Scott Farrell se puso en pie, y los Libby miraron hacia donde se dirigía. En la puerta del bar había aparecido un grupo de jóvenes, riendo, y Farrell se acercó a la pelirroja de la pierna escayolada, que caminaba graciosamente, apoyándose en un bastón.

—Hola, señorita Creviston —saludó—. ¿Todavía lleva ese artefacto?

Lavinia Creviston miró hacia la mesa de la cual provenía Farrell, y sonrió inexpresivamente.

—Todavía —tuvo que admitir—. Mi médico y querido amigo Sandy Carter me llamó esta tarde para decirme que no podrá venir hasta mañana..., seguramente. Y como la noticia no me gustó, me fui al pueblo a emborracharme.

—Buena idea —aprobó Scott—. Ya he notado su ausencia, desde luego.

—¿De verdad? —Lavinia Creviston volvió a mirar hacia la mesa donde estaban los Libby.

—De verdad. Precisamente, acabo de rechazar una invitación a cenar recordando nuestra cita. Y no desaparezca otra vez, por favor. A la hora del almuerzo, estaba con sus amiguitos. —Scott señaló la mesa que estaban ocupando los jóvenes que habían llegado con Lavinia—, y por la tarde, desaparece... Pero yo juraría que no está demasiado mareada. Debe haber bebido *whisky* muy flojo. Para compensarla, pediremos champán esta noche... ¿sí?

—Tengo la impresión —suspiró ella—, de que usted no es la clase de hombre a la que se le puede decir no.

—¡Pero si fue usted quien quiso que cenásemos juntos...! Claro que si ha cambiado de idea...

—¡De ninguna manera! Siempre me ha gustado presentarles batalla a las rubias, así que... cenaremos juntos.

—Muy bien —sonrió Farrell—. ¿Qué le parece si ambos vamos a cambiarnos para la cena? Puedo ayudarla a seleccionar su vestido si me lo permite. Aunque desde ahora me permito sugerirle el de color oro.

Lavinia Creviston se echó a reír.

—¡Es usted terrible!

—Por desdicha, creo que no. Pero, claro, al abrir un armario de una habitación que se me ha facilitado, y verlo lleno de ropa

femenina, tuve que comprender que usted me había cedido su habitación... Y creo que no debió hacerlo. Las molestias...

—Cada día procuro hacer una buena obra. Además, a Carol no le va a molestar en absoluto que pase una o dos noches con ella.

—Entiendo. Da gusto tener amigos en el mismo hotel. Siempre se encuentran soluciones. Bien... ¿Vamos a cambiarnos? Tendré mucho gusto en ayudarla a subirse la cremallera.

—Señor Farrell. —Lavinia reía, encantada—, deme usted sólo un minuto de tiempo para ir a mi habitación y recoger mis ropas para esta noche. Iré a cambiarme a la habitación de Carol. Luego, suba usted. ¿Le parece bien?

—No.

—¿Cómo?

—Que no me parece bien. Pero, en verdad, nuestra intimidad no ha llegado al punto de subirle la cremallera.

Lavinia volvió a reír.

—Deme un minuto —insistió—. Le dejaré la puerta abierta. Pero antes dígame una cosa, señor Farrell: ¿a usted le gustan más las rubias... o las pelirrojas?

—Ejem, pues... A decir verdad, a mí me gustan todas, señorita Creviston. Pero eso tiene una solución muy simple. Supongamos que me caso, y que mi esposa es morena... Bueno, el día que les toca gustarme a las rubias, mi mujer se pone una peluca rubia, y ya está. Y lo mismo el día que me gusten las pelirrojas, o las castañas, etcétera. Con buena voluntad, un hombre y una mujer tienen cuerda para tiempo.

Lavinia Creviston lanzó su última carcajada, aunque un tanto sonrojada, antes de dar media vuelta y salir, del bar. Farrell la estuvo mirando unos segundos, con expresión amable. Luego, regresó a la mesa donde seguían sentados los Libby.

—En fin —dijo—, tendrán que disculparme definitivamente.

—Ya hemos comprendido la situación —dijo enfurruñada Hazel Libby.

—Y está disculpado —sonrió Robert Libby.

—Muchas gracias. Hasta luego, señorita Libby —la mirada de Scott Farrell siguió a Melvin Salk, que salía lentamente del bar. Espero verla esquiando mañana. Tengo la seguridad de que será un bello espectáculo.

—¿Qué quiere decir?

—Pues quiero decir. —Scott dejó de ver a Salk, y regresó la mirada hacia la muchacha—, que si un ángel alado se pone encima de esos dos palitos, todo puede suceder.

—Debería usted aprender a esquiar —aconsejó Libby—, es muy bueno para los músculos, señor Farrell.

—Seguramente. Pero no me pregunto qué haría yo con unos buenos músculos... y con todos los huesos rotos. ¿Han visto a la pobre señorita Creviston...? Un pie roto. Esquiando, claro. Dígame usted de qué le ha servido su musculatura. En cambio, con todos los huesos en su sitio, un hombre puede afrontar todas las situaciones con más o menos probabilidades de éxito. No quiero aburrirles más, así que, ¡hasta luego!

Abandonó el bar, y poco después estaba ante la puerta de la habitación tan amablemente cedida por la simpática señorita Creviston. La cual, de acuerdo a lo convenido, había dejado la puerta abierta, en efecto.

«Espero que se ponga el vestido color oro», pensó Farrell sonriendo, mientras cerraba la puerta.

No sólo no pudo ir hacia el armario para comprobar si la señorita Creviston había elegido ese vestido sino que ni siquiera llegó a cerrar la puerta completamente. Detrás de ésta apareció el hombre llamado Salk, actuando con tal rapidez que Scott Farrell no pudo impedir sus propósitos..., así que recibió en la cabeza, por encima del borde del cuero cabelludo, el tremendo trastazo propinado por Salk con la culata de su pistola.

Tremendo, tremendísimo trastazo, que derribó hacia atrás como un poste, a Scott Farrell, privado instantáneamente de sus sentidos.

* * *

—¡Señor Farrell! ¡Señor Farrell!

La angustiada llamada fue penetrando por fin, lentamente, en el cerebro de Scott Farrell. Abrió los ojos, y sólo vio un resplandor de luces y una mancha borrosa...

—Señor Farrell..., ¿se encuentra bien? —Oyó ahora con toda claridad la asustada voz de la señorita Creviston.

Scott sacudió la cabeza, y esto tuvo dos consecuencias, una mala

y una buena. La mala fue que experimentó tal dolor que estuvo a punto de volver a quedar sin sentido. La buena, que, a pesar de todo, su visión se aclaró, y pudo distinguir el encantador rostro de la pelirroja. Y por encima de ella, el techo de la habitación. Es decir, que estaba tumbado de espaldas.

—¿Está bien? —insistió ella.

—No murmuró con voz helada Scott. —Estoy pésimamente.

—Le ayudaré. —Lavinia Creviston se pasó un brazo de Scott por los hombros, pero se asustó de pronto, y abrió mucho los ojos—. ¿Prefiere quedarse como está, y que llame al médico del hotel?

—De ninguna manera. Prefiero su ayuda a la de un matasanos.

—Agárrese a mí... —Intentó sonreír ella.

Con no demasiado esfuerzo, consiguieron su propósito. Scott quedó en pie, pero sujetándose al cuello de la muchacha, porque la habitación había comenzado a dar vueltas a una velocidad de auténtico vértigo. Tuvo que cerrar los ojos, y permanecer así unos segundos, antes de musitar.

—Oriénteme hacia el cuarto de baño, por favor, señorita Creviston.

—Sí, sí...

Llegaron ante la bañera ya Scott con los ojos abiertos de nuevo. Abrió la ducha fría, y metió medio cuerpo dentro de la bañera tras desprenderse de los brazos de Lavinia. No fue precisamente un placer recibir en la nuca y la espalda la lluvia fría, así que resopló fuertemente, estremeciéndose. Pero permaneció todavía casi medio minuto bajo el agua. Cuando se volvió, Lavinia le tendía la toalla del baño, y Scott se la pasó por la cabeza, lanzando un gemido cuando frotó el lugar donde había recibido el impresionante culatazo.

Luego, revueltos los cabellos, demudado aún el rostro, el hombre que tenía menos músculos que un zapato sonrió.

—Hola, señorita Creviston.

—Por Dios... ¿Qué le ha pasado? —exclamó ella.

—Nada importante. Como esta noche pensaba pasarlo en grande con usted prolongando la velada, decidí echar una siestecita. Pero tenía tanto sueño que no pude llegar hasta la cama.

—Oh, señor Farrell, no se...

—¿Y mis lentes?

—Están ahí fuera, en el suelo... Se los traeré.

—Muy amable.

Farrell se secó un poco más, se miró al espejo, y sacó la lengua. Deprimente. Si seguía así, iba a durar muy poco. Lavinia entró en el cuarto de baño con los lentes, pero él se dedicó a peinarse cuidadosamente, evitando el contacto del peine en la zona sensible..., que seguramente se hincharía muy pronto...

—Por lo menos, como un huevo de diplodocus —dijo.

—¿Qué...?

Se volvió, tomó los lentes, y se los puso.

—Me va a salir un chichón como un huevo de diplodocus... Santo cielo, qué memo soy... ¿Quiere saber le que ha pasado?

—Pues sí... Claro.

—Fíjese bien; entro en la habitación, empujo la puerta con el pie, y me doy cuenta de que no se ha cerrado del todo. Entonces, me vuelvo hacia ella, y camino, para cerrarla, ya que tenía que cambiarme de ropa, usted sabe... Bueno, pues he debido tropezar con alguna molécula de polvo que había en el suelo, así que salgo disparado y ¡zas! Me atizo el gran porrazo de mi vida contra el canto de la puerta. Y eso es todo lo que sé. ¿No le parezco un memo?

—Lo... lo importante es que esté usted bien.

—Estoy perfectamente..., pero avergonzado de mí mismo. Me parece que tendré que aprender a esquiar. Eso debe hacer fuertes las piernas, seguro que no me caigo de modo tan ignominioso. Espero que sea usted una señorita bien educada y no se ría de mí, señorita Creviston.

—Ya veo que está bien —sonrió ella—. Menos mal. ¡Vaya susto he tenido al verlo caído en el suelo!

—Lo imagino. Oiga, esta noche vamos a ser la pareja del año ¿no cree? Un tonto que se pega contra una puerta, y una linda muchacha con el pie roto... Bueno, seguramente podremos llegar a alguna mesa apoyándonos uno en el otro. ¿Le parece posible?

—Lo intentaremos —casi rió Lavinia—. De verdad está ya bien...

—Me duele el coco igual que si todos los tornillos anduviesen sueltos por dentro bailando una bossanova, pero eso se arreglará con aspirina o algo parecido. Y dígame, protectora de tontos como

yo; ¿qué ha venido usted a hacer aquí?

—Olvidé los zapatos.

—¿Qué...?

—Vine a buscar el vestido y Otras cosas, y me fui a la habitación de Carol, a cambiarme, tal como le dije. Pero me di cuenta de que había olvidado los zapatos que hiciesen juego con el vestido, y volví a buscarlos.

—Ah, ya... Caracoles, podía usted haberme encontrado en calzoncillos, señorita Creviston.

—Oh, no... Yo... yo llamé antes de entrar... Y al no recibir respuesta, pensé que usted aún estaba abajo, en el bar.

—Claro. Bueno..., recoja usted sus zapatos y así podré cambiarme. A menos que le gusten los hombres en calzoncillos. Interesante cuestión —se sorprendió el propio Scott—, ¿le gustan los hombres en calzoncillos?

—Sólo he visto hombres así en la publicidad de algunas revistas.

—Mal asunto... Siempre ponen a muchachos formidables, luciendo su musculatura y su tipazo además de la ropa interior para hombres. Me temo que a mí no me contratarían para tal menester, así que... será mejor que no me vea en calzoncillos. En pijama ya es otra cosa.

—Me voy enseguida... Tiene usted que quitarse esa ropa mojada cuanto antes.

—Atchíiiss —sonrió Scott, simulando el estornudó.

Lavinia Creviston rió quedamente, y salió del cuarto de baño, seguida de Farrell, que la vio tomar unos zapatos, faltaba el vestido que le había llamado la atención cuando usurpó parte del mueble. No cabía la menor duda de que la señorita Creviston era, una jovencita muy complaciente y simpática.

—Hasta luego —se despidió.

—*Aloha* —alzó Scott una mano—. Nos veremos en el bar para tomar un aperitivo. ¿Vale?

—Vale.

Lavinia abandonó la habitación, y Scott Farrell cerró la puerta. Inmediatamente, su ceño se frunció. La pregunta era; ¿qué hacía el tal Salk en la habitación que él ocupaba..., pero que a todos los efectos administrativos del hotel correspondía a la señorita Creviston?

Fue al teléfono, y descolgó el auricular.

—Por favor, póngame con la conserjería —pidió.

—Conserjería... —repitió la telefonista.

La conexión fue inmediata.

—Conserjería: diga.

—Soy Scott Farrell. ¿Quiere decirme, por favor, qué habitación ocupa el señor Salk?

—La 21, señor Farrell.

—Muchas gracias.

Colgó, se cambió rápidamente de ropa, abrió su vacía maleta, alzó el doble fondo, y retiró la pistola metida en la funda axilar, cuyo atalaje sujetó a su hombro izquierdo. Se puso la chaqueta, tomó dos aspirinas del botiquín del cuarto de baño, y salió al pasillo.

Segundos después, se detenía ante la puerta señalada con el número 21. Llamó suavemente con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Asió el pomo, lo hizo girar..., y la puerta continuó como clavada. Sin inmutarse, Scott Farrell separó de su pecho la solapa izquierda de la chaqueta, dejando visible la pistola; del borde de la funda, retiró un alambre allí camuflado, ligeramente curvado en la punta. Lo introdujo en la cerradura, tanteó un instante, giró y la puerta quedó abierta. Cachazudamente, se guardó la ganzúa de acero, y entró en la habitación 21, encendiendo la luz. Cerró tras él, se volvió..., y se quedó mirando a Salk, tendido en el suelo junto a la cama, con los ojos abiertos, fijos en el techo.

Scott Farrell se acercó lentamente, y se acucilló junto a Salk. Durante unos segundos, estuvo mirando los ojos fijos, y la mancha de sangre en el pecho. Apartó un poco la chaqueta, para cerciorarse de que habían sido dos los disparos recibidos por Salk... Y sobraba uno.

—De acuerdo —masculló—; iremos directos al asunto.

Descolgó el auricular del teléfono protegiéndolo con un pañuelo, y de nuevo pidió conexión con la conserjería.

—Soy Scott Farrell, ¿me dice qué habitación tiene la señorita Carol, por favor?

—Carol... ¿qué más?

—No sé. Bueno, es una amiga de la señorita Creviston...

—Oh, sí. La 25, señor Farrell.

—Agradecido.

Dejó cuidadosamente el auricular, salió de la habitación 21, y se desplazó dos puertas más allá. Pulsó el timbre de la 25, que se abrió a los pocos segundos.

—Carol, tomé la llave porque...

Era Lavinia quien había empezado a dar explicaciones, pero enmudeció al comprobar que no era su amiga quien llegaba a su propia habitación. Y entonces, enrojeció intensamente, quizá por la mirada de pasmo de Scott Farrell ante su casi completa desnudez.

—¡Ca... racoles!—exclamó por fin Scott.

Lavinia Creviston, en sujetadores y pantaloncitos, dio media vuelta, y se precipitó hacia el cuarto de baño. Pero, al parecer no había terminado de colocarse adecuadamente los sujetadores, porque éstos saltaron al efectuar el veloz giro de huida... La muchacha se volvió, estuvo a punto de recogerlos, vaciló..., y continuó corriendo hacia el cuarto de baño, cuya puerta cerró con fuerza.

Scott Farrell, todavía en el pasillo, sacudió la cabeza, parpadeó, y se decidió a entrar. Cerró tras él, recogió los sujetadores, y los sostuvo ante él, oscilando, percibiendo el sutilísimo perfume que emanaba de tan íntima prenda.

—Caracoles...

Se colgó la prenda de un hombro, y fue hacia la puerta del cuarto de baño, a la que llamó con los nudillos.

—Señorita Creviston: ¿ha perdido usted algo?

La puerta se abrió, y apareció Lavinia, envuelta en la gran toalla de baño de axilas para abajo, todavía sonrojada, y tendió el brazo, en silencio. Scott colocó la prenda en la manita, y sonrió.

—Perdóneme, pero no sabía que ni siquiera tenía puesta aún la cremallera. Quiero decir...

—La culpa no es suya —admitió Lavinia.

—Bueno, en efecto, pero... Caracoles, señorita Creviston, al verla correr nadie habría dicho que tiene un pie metido en escayola.

—Supongo que le he parecido ridícula.

—Caramba, no... Me ha parecido usted... No. No se lo digo, porque quiero insistir en parecerle un correcto muchachito. ¿Me permite darle un consejo?

—¿Un... consejo? Sí... sí, sí.

—Bueno; cuando se marche usted de este hotel, robe esa toalla. ¡Le sienta divinamente!

—Lo tendré en cuenta —comenzó a sonreír Lavinia—. Siento mucho haberle colocado en situación tan bochornosa, señor Farrell.

—Ah —se asomó Scott—. ¿De veras? Bien, es una situación que me gustaría experimentar con frecuencia, así que no se preocupe demasiado. A fin de cuentas, ambos somos adultos, y sabemos muy bien a qué atenernos respecto a lo que esconden las ropas. Quiero decir que no estoy sorprendido, sólo admirado. Lo que trato de explicar... Bueno, o sea... Mire, señorita Creviston, le voy a pedir un favor, ahora; quítese de mi vista.

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Porque tengo muy pocos músculos, pero la suficiente sangre para un banquete de vampiros..., y está empezando a formar burbujas, como si hirviese. ¿Usted entiende?

—Me parece que sí —murmuró Lavinia.

—Pues vístase; tengo que hablar con usted.

—Podemos hablar así.

Scott parpadeó. Luego cerró los ojos.

—De acuerdo —suspiró—. Pero no hace falta ver para hablar. Veamos, señorita Creviston; antes, cuando...

Se calló, porque acababa de notar una cosa curiosa, algo como seda rozando su cuello y sus orejas. ¡Cosa rara...! Abrió los ojos, y se encontró con los de Lavinia Creviston delante, muy cerca. Lógico, porque ella le había echado los brazos al cuello, y se apretaba contra él...

—Siga, señor Farrell —susurró Lavinia.

—Pues... Bueno, señorita Creviston, quería...

—Lavinia —dijo ella—. A menos que no le guste el nombre.

—Oh, sí... Es un nombre serio y elegante.

—Gracias. ¿Decías?

—¿Qué?

—Me estabas diciendo algo, señor Farrell.

—Oh, puedes llamarme Scott... ¿Te parece que voy muy deprisa?

Lavinia Creviston sonrió; dulcemente, cerró los ojos y puso sus labios sobre los de Scott Farrell... ¡Menudo trallazo, esta vez! Pero algunos tipos son realmente valientes, y no les importa recibir

trallazos. Por ejemplo; Scott Farrell. Durante casi un minuto estuvo recibiendo trallazos, hasta que decidió tomarse un descanso. Y cuando separó sus labios de los de Lavinia, ella musitó:

—¿Te parece que voy demasiado deprisa?

—No, qué va... Al fin y al cabo, hace casi doce horas que nos conocemos...

—¡Cuánto tiempo! ¿Te molestaría besarme otra vez?

—Con mucho... ¡No! Tengo que hacerte unas preguntas.

—La respuesta es sí —le envió ella un besito..., desde cuatro dedos de distancia.

—Ah... ¿Conoces a un hombre llamado Salk?

—No. Creí que ibas a preguntarme si quería casarme contigo... ¿Quién es Salk?

—Yo creo que sí lo conoces. Precisamente, cuando yo llegué esta mañana, estaba sentado a tu lado, en el vestíbulo.

—Ah, sí... Bueno, sé a quién te refieres, pero no tenemos trato alguno. Ni siquiera sabía su nombre. Lo único que sé es que lleva un par de días en el hotel. ¿Tienes celos de él?

—Sería absurdo, ya. ¿De verdad no lo conoces?

—Que mi castigo sea la falta de tus besos si te miento.

—Terrible castigo. Y me has convencido. Bien..., te espero en el bar.

—Bueno. ¿Me besas ahora?

—No cuesta nada ser complaciente.

La besó, volviendo a sentir cientos de trallazos. Lavinia era casi tan alta como él, así que las medidas no podían ser más convenientes; nada de bajar la cabeza. Sólo tenía que adelantar la boca, y allá estaba la de ella..., que finalmente, tuvo que apartarse sin aliento.

—Te..., te enseñaré a... a esquiar —dijo.

—Ya discutiremos eso. Mientras tanto, tengo una noticia para ti, pelirroja.

—¿Qué noticia?

—Se te ha caído la toalla.

—Oh... ¿Y qué hacemos?

—Voy a cerrar los ojos, daré media vuelta, y saldré de aquí. No te olvides de robar esa toalla.

La soltó tras cerrar los ojos, dio media vuelta, y se dirigió hacia

la puerta, con los brazos por delante, hasta tocar la madera. Localizó el pomo, salió al pasillo, cerró, y abrió los ojos.

Se quedó allí, pensativo, y acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No. Ella no puede tener nada que ver con esto. Pero lo evidente es que Salk no estaba en la habitación de Lavinia por error. ¿Quizá me esperaba a mí? Entonces..., ¿qué quería de mí? ¿Darme un golpe y dejarme allí? Absurdo... Lo mejor será que eche un vistazo más detenido en la habitación 21; a mí no me impresionan los muertos.

Seguro que no.

Especialmente, los que no están a la vista.

Porque, cuando Scott Farrell entró en la habitación 21, el cadáver de Salk ya no estaba allí.

CAPÍTULO IV

Durante todo un minuto, Scott Farrell permaneció inmóvil, de espaldas a la cerrada puerta, fijos sus ojos en el lugar donde poco antes había estado el cadáver de Salk. Y no había sido un sueño, desde luego.

Con toda naturalidad, Scott se dedicó a inspeccionar la habitación, comprendiendo muy pronto que nada iba a encontrar allí que valiese la pena. Y así fue. Una maleta, algunas ropas, un portafolios vacío... Nada.

Pero mientras tanto, el hombre de los lentes estaba ya orientando sus pensamientos sumando todos los datos de que disponía. La llegada de los Libby al hotel coincidió al parecer casualmente con la de los tipos Walter Hormon y Spencer Leeper..., a los cuales había estado mirando Salk en el bar con evidente inquietud.

Scott Farrell salió de la habitación 21, y subió al tercer piso, donde inmediatamente localizó las habitaciones 32 y 34. Llamó a la primera, sin obtener respuesta. Y lo mismo sucedió en la 34. Al parecer, ni el señor Leeper ni el señor Hormon estaban en sus respectivas habitaciones. Pues muy bien.

Con la ganzúa, no tuvo la menor dificultad en abrir la puerta de la 34, ante la cual se hallaba. No había nadie. Salió, cerró, y fue a la 32, a la cual entró con idéntica facilidad. Allí tampoco había...

Su mirada quedó fija en un lado de la cama, en el suelo. Se acercó, alzó la colcha, y en efecto, a continuación del codo había una mano; no podía fallar. Intentó meter la cabeza debajo de la cama, pero era demasiado baja. Así que optó por lo más sencillo, con gran cuidado, apartó la cama..., y se quedó mirando a los tres hombres muertos que había debajo. Uno junto a otro, los tres cara

al techo, tocándose los brazos. Parecían espárragos en una lata.

Por supuesto, uno de ellos era Salk. Los otros eran los llamados Walter Hormon y Spencer Leeper, que estaban tan muertos como Salk, cada uno de ellos también con dos balazos en el pecho.

Scott Farrell volvió a colocar la cama en su sitio, asegurándose de que todo quedaba como lo había encontrado. Luego, salió de la habitación treinta y dos, y, tranquilamente, bajó al bar.

Los Libby no estaban allí. Ni nadie conocido, pues a los que él conocía los habían ido liquidando. Claro que quedaban los Libby.

Se sentó a una mesa, y pidió dos martinis. Hizo bien en pedir dos, porque Lavinia tardó apenas tres minutos en aparecer. Fue a sentarse ante él, bebió un sorbito de su martini, y le sonrió tan dulcemente que a Scott Farrell se le encogió el estómago.

—¿No lo hemos soñado? —susurró ella.

—Si te refieres a lo de la toalla, no —sonrió también Scott—. Estás preciosa con el vestido color oro.

—Entonces..., ¿ya no robo la toalla?

—Sí, sí... ¡Claro que tienes que robarla!

—Ya está robada —rió ella, pero de pronto quedó seria—. Scott; eres un hombre raro. —¿Quieres decir feo?

—¡No!

—Caracoles... ¡Me habías asustado! Dime una cosa, Lavinia; ¿qué harías si tuvieses un millón doscientos mil dólares?

—Lo mismo que hago ahora —rió de nuevo ella—. ¡Ya tengo un millón doscientos mil dólares! Y bastante más. Bueno, lo tienen mis padres... ¿Por qué preguntas eso?

—¿De modo que eres una jovencita rica?

—Millonaria.

—Estupendo. Me pregunto si tienes algún plan especial para esta noche.

—Es posible —brillaron aún más los ojos de ella.

—¿Te gustaría... hacerme feliz?

—Scott —se sonrojó ella levemente—. Bueno, no soy una jovencita tonta, pero ese modo de...

—He visto un par de abrigos de pieles en tu armario, y me han parecido muy buenos.

Quiero decir que deben abrigar de veras.

—Para eso son los abrigos —se desconcertó ella.

—Me harías muy feliz poniéndote uno de ellos esta noche.

—Creo... creo que no te entiendo...

Scott Farrell sacó una pequeña libreta de un bolsillo interior, y retiró del lomo el pequeño bolígrafo. En una página, comenzó a hacer rayas, que muy pronto comenzaron a tener sentido... Las señaló.

—Ésta es la fachada del hotel correspondiente a las habitaciones de números pares —susurró—. Aquí, en el tercer piso, está la habitación treinta y dos. Tú y yo vamos a cenar ahora rápidamente. Luego, nos despediremos, tú subes a buscar un abrigo de pieles, sales del hotel y te... instalas lo bastante lejos para no llamar la atención, pero lo bastante cerca para poder ver en todo momento esta ventana. Cuando veas algo en ella, me avisas. Si yo termino mis asuntos antes de que algo suceda, iré a relevarte, y podrás quitarte el frío en la camita.

Lavinia Creviston lo estaba mirando fijamente.

—Scott, ¿por qué todo esto? ¿Qué está ocurriendo?

—Lo haces o no lo haces —replicó él—: Pero nada de preguntas. Decídate pronto, porque si no, tendré que llamar por teléfono.

—¿A quién?

—A mi abuela —gruñó Farrell—. ¿Vas a hacerlo o no...?

—Sí.

—Discretamente.

—Seré discreta. ¿Dónde debo llamarte?

—Si ves algo... sorprendente, puedes localizarme en una de estas habitaciones 21, 29, 25, 32, 34, 22 y 24. ¿Recordarás los números?

—Sí, sí, sí. —Lavinia estaba estupefacta—. Pero...

—También es posible que esté aquí, en el bar.

—Bueno. Pero, Scott, no entiendo...

—Termina el martini y vamos a cenar.

Lavinia tragó saliva, como asustada. Luego, bebió otro sorbo de aperitivo, y se puso en pie.

—Cuando tú quieras —murmuró.

—¿Verdad que dije algo de tomar champán?

—Sí —intentó sonreír ella.

—Pues como yo soy un hombre muy formal y cumplidor de mis promesas, tomaremos champán. Aunque supongo que eso no te

emociona lo más mínimo.

—¿Por qué habría de emocionarme?

—Hay chicas a las que les dices que las invitas a champán y parece que les estés ofreciendo un néctar exótico. Una vez —la tomó del brazo y comenzaron a caminar hacia la puerta del bar—, en Texas, conocí a una muchacha...

—¿Has estado en Texas?

—Sí, sí. Haciendo el indio.

—¿Haciendo el qué? —rió Lavinia.

—El indio. Pero fue hace tiempo, cuando quería ser actor de cine...

—¡Scott, no me habías dicho eso!

—Bueno, querida mía, hay muchas cosas sobre mí que no he tenido tiempo de decirte. Pues sí... Estuve allí haciendo el indio. Me contrataron para una película de indios que iba a filmarse en el Llano Estacado, me embadurnaron todo el cuerpo con unas pasta para que me viese muy moreno, y me pusieron una cinta de piel en el coco, o sea, en la cabeza. Luego, me dieron un caballo, sin silla de montar, por supuesto, y me dijeron que tenía que salir disparado, aullando como un loco, disparar con mi arco contra un tipo que me perseguía, fallar el lanzado de la flecha, recibir un balazo, caer del caballo, levantarme, correr detrás del caballo, alcanzarlo, volver a montar de un salto, a estilo apache...

—¿Pudiste hacer todo eso? —exclamó Lavinia.

—¿Por qué crees que soy abogado? Caí del caballo la primera vez de cabeza. Cuando recuperé el conocimiento, me dije: «Scott, muchacho, tú has nacido para abogado»... ¡Y aquí me tienes! Luego, me enteré de la verdad.

—¿Qué verdad?

—Por allí cerca estaba un tal Rock Hudson, que me tenía envidia...

—¿Rock Hudson? —Se pasmó la linda pelirroja—. ¿Te refieres a Rock Hudson, el del cine?

—Toma, claro. Y como te digo, me tenía envidia. Debí pensar que si yo triunfaba en el cine, lo iba a desbancar, y entonces se las arregló para hacerme el boicot; consiguió que me dieran un caballo que tenía bastante mala sangre, para hacerme fracasar... ¡Vaya si lo consiguió! Desde entonces, le tengo asco a ese tipo. Y más aún

desde que protagoniza esa serie de televisión, ¿cómo se titula?

—¿McMillan & Wife? —reía Lavinia.

—¡Ésa! Pero a lo que iba, conocí a una chica, en Texas, y la invité a champán...

—¿Era rubia?

—Morena como una india. Y hablando de rubias —habían llegado ya al comedor, y Scott señaló con la barbilla—, allá veo a la muy rubia y angelical señorita Libby, con su orondo padre, el próspero banquero. ¿Té molestaría que fuésemos a saludarlos?

—Sí.

—En ese caso, les diré *aloha* desde lejos —movió una mano en dirección a los Libby, que movieron la cabeza correspondiendo—, y nos dirigiremos directos a una mesa. A menos que pretendas sumarme a tus jóvenes, alegres, chiflados, inconscientes, felices y admiradores amiguitas —señaló hacia otra mesa donde un grupo de jóvenes reían sin cesar.

—No, no —rió también Lavinia—. Olvídalos. Ellos saben muy bien cuándo uno de nosotros quiere prescindir de su compañía.

—¿Y lo saben ahora?

—Perfectamente.

—Son unos chicos listos. ¿Qué tal esa mesa?

Se sentaron, encargaron la cena, y Scott encendió un cigarrillo, mirando a su alrededor con indiferencia, desde su sitio, que, casualmente, abarcaba todo el comedor. —Bueno— sonrió Lavinia —, ¿qué pasó con la chica de Texas morena como una india a la que invitaste a champán?

—Pues... a mí me pareció que una botella para dos estaba bien, que era suficiente. Me miró como si estuviera loco, y dijo que ella no aceptaba menos de cincuenta.

—¿Cincuenta botellas de champán? —Respingó Lavinia.

—Sí. Es que lo quería para bañarse.

—¡Oh, Scott, eso es un chiste muy viejo! —rió Lavinia.

—Ah... ¿Conoces el final?

—¿Qué final?

—El de las pompas de jabón.

La pelirroja iba de un pasmo a otro.

—No... ¿Qué tienen que ver las pompas de jabón con...?

—Espera. La jugada era ésta; yo la invitaba a cincuenta botellas

de champán, las vaciábamos todas en una bañera, y ella se metía dentro, entonces yo, tenía que enjabonarla con una especie de gel que se llamaba Burbujas de Amor, o algo parecido.

—¿Enjabonarla mientras se bañaba en champán?

—Sí. Y luego, tenía que sentarme con ella en la bañera, con unas pajitas de esas de tomar

«Coca-Cola»,

y dedicarnos los dos a hacer burbujas de champán.

Lavinia se echó a reír de nuevo.

—¡Eso te lo has inventado!

—Que no, que no.

—Pero... Bueno, ¿qué hiciste?

—Lo más práctico, le dije que bueno, que me esperase en la mesa de aquel club, y me fui a comprar una botella de champán, me largué de allí, y me bebí yo sólo la botella..., sin jabón, claro. Aunque...

—¿Sí? —reía Lavinia.

—Pues eso de hacer burbujas con champán, me ha quedado aquí dentro —se tocó la frente, respingó al rozar el chichón, y luego guiñó un ojo—. Quiero decir que algún día tendré que probarlo. Si hice el indio una vez..., ¿por qué no otra?

—¿Y a quién enjabonarías con gel?

—No sé... Pero tengo la impresión de que a la señorita Libby le encantarían estos juegos tan higiénicos.

—Scott: eres un antipático.

Quizá esto fuese cierto. Quizá. Pero, mientras duró la cena, Lavinia Creviston no dejó de reír, mientras su rostro iba adquiriendo un delicioso tono de melocotón maduro, y sus ojos contemplaban cada vez con más fascinación al sujeto que tenía menos músculos que un zapato.

Hasta que finalmente, Scott Farrell miró su reloj, y dijo:

—Ha llegado el momento de que te pongas tu abrigo de ricos pieles comprado por papá.

—¡Oh! ¿Ya vamos a separarnos?

—Hay que ser fuerte, querida mía. Ahora, atiende bien: nos vamos a despedir, yo saldré del hotel, y te estaré esperando. Buscaremos un lugar adecuado, te dejaré allí, y volveré al hotel. ¿Está claro?

—No sé lo que pretendes, pero lo haré.

—Es lo bueno de las señoritas bien educadas: son obedientes con los mayores. Y tengo una noticia para ti.

—¿Se me ha caído la toalla?

—No; estás encantadora.

—Scott, ha sido la noche más maravillosa de mi vida.

—Caracoles...

Salieron del comedor, riendo. En el vestíbulo se separaron, después que ella pidió la llave para subir a buscar el abrigo. Y mientras subía a buscarlo, Scott Farrell salió del hotel.

CAPÍTULO V

Tardó muy poco en encontrar el lugar adecuado para que Lavinia se apostase a pasar algunas horas de frío. Pero, probablemente, no serían muchas. Dos o tres, como máximo.

—Son los inconvenientes de trabajar solo —reflexionó Farrell—: De todos modos siempre es mejor alguien completamente ajeno al asunto... ¿O quizá Lavinia no es ajena?

Se quedó mirando pensativamente la ventana que, según sus cálculos, correspondía a la habitación treinta y dos. Salvo que alguien tuviese mejores recursos, el sistema ideal para sacar tres cadáveres del hotel era esperar a que todo el mundo se hubiese retirado del exterior, lo cual sucedería en dos o tres horas, como máximo. Entonces, sólo había que descolgar a los muertos, y llevárselos. Laborioso, pero discreto.

Pero todo esto llevaba a una pregunta: ¿Cuánta gente estaba interviniendo en aquel asunto?

Y con todo, la pregunta que se hacía con más insistencia era: ¿Qué había ido a hacer el hombre llamado Salk a la habitación de Lavinia Creviston?

Aun quedaban otras: ¿Quién había matado a Salk? ¿Y quién había matado a Hormon y Leeper?

Pensando todo esto, caminaba ya hacia la fachada del hotel, del cual saldría Lavinia de un momento a otro. Y, en efecto, estaba frente a la esquina del cuadrado edificio cuando vio salir a la muchacha mirando a todos lados, y envuelta en un precioso abrigo de piel blanco; muy conveniente. Puesto que tenía el color de la nieve, podría pasar desapercibida lo bastante para...

Scott Farrell se detuvo de pronto. Quedó como clavado al suelo, incrédulo, estupefacto: un sujeto que se había acercado a Lavinia, al

parecer casualmente, le había dirigido de pronto la palabra, y la muchacha, tras escucharle, comenzó a caminar junto a él, hacia un coche que esperaba en el estacionamiento, con las luces de situación encendidas.

La primera reacción de Farrell fue acercarse rápidamente, pero pudo dominarse. ¿Qué clase de juego era el de Lavinia Creviston? Sabía que él la estaba esperando, y se iba con un tipo... Los vio llegar al coche, ella pareció dispuesta a entrar, pero, de pronto, se volvió... El hombre no le dio tiempo de nada: la empujó al interior del coche, se metió dentro y el vehículo salió disparado.

—Maldición —palideció Farrell.

Echó a correr hacia su coche, se puso al volante, y dio marcha atrás como si quisiera llevarse todo cuanto se opusiera a su paso; pero el coche giró, habilísimamente manejado, y en menos de tres segundos, salía lanzado detrás del otro.

Lo divisó muy pronto, deslizándose por el camino flanqueado de pequeños muros de nieve, descendente hacia el pueblo, cuyas luces se veían abajo. Al levísimo resplandor, que daba luz al interior del otro coche, le pareció ver a Lavinia debatiéndose, agitando sus largos cabellos.

—No entiendo nada —masculló Scott—. ¡Nada!

Dio más gas, de modo que acortó velozmente la distancia que lo separaba del otro coche. Pero el conductor de éste debió darse cuenta, porque también aumentó la velocidad de auténtico suicidio por la húmeda pista, encajonados en nieve... A tal velocidad que cuando el primer coche tomó un desvío sobre dos ruedas y recorrió no menos de veinte yardas con un costado pegado a la nieve, el coche conducido por Scott Farrell pasó como un bólido por la pista principal, hacia el pueblo, sin tiempo para la maniobra.

Mascullando frases impropias de un abogado serio, Scott Farrell metió el pie en el freno hasta el fondo, y el coche comenzó a perder velocidad, dando bandazos de un lado a otro, rebotando de una a otra pared de nieve, hasta que consiguió detenerlo. Tuvo que maniobrar tres veces para dar la vuelta y regresar. Se sentía frío, agarrotado, ante la perspectiva de lo que podía sucederle a Lavinia, hasta el punto de que estuvo tentado de abandonar la persecución. Pero realmente ¿cambiaría eso algo con respecto a lo que pensasen hacer con ella?

Llegó al desvío, lo enfiló, y dio gas a tope... para convencerse enseguida de que por ese procedimiento sólo iba a conseguir matarse. Disminuyó la velocidad hasta lo razonable, pero aún así, al parecer, era mucho mejor conductor que el otro, pues divisó muy pronto las rojas luces de atrás del coche perseguido. A ambos lados sólo había oscuridad. Una oscuridad relativa, pues la nieve refulgía en un tono gris-azulado, proporcionando una cierta claridad espectral...

Y a esa claridad, de pronto, en un lado del otro coche brilló una luz rojiza, brevemente. Simultáneamente, Farrell se encogía, al oír el rebote de la bala en la carrocería de su coche. Desde el otro, volvieron a disparar, y esta vez, el cristal delantero saltó en miles de diminutos fragmentos, muchos de los cuales parecieron clavarse en el rostro de Scott Farrell al mismo tiempo que recibía una andanada de gélido aire que lo estremeció.

Situación más que suficiente para, por lo menos, hacer desistir a cualquiera de continuar la persecución.

Scott Farrell no hizo esto. Apretó su delgada boca, que pareció de nuevo un cepo, y sacó la pistola. Conduciendo solamente con la mano izquierda, apuntó por el hueco del cristal parabrisas, y apretó el gatillo.

¡Chack!, sonó apenas su pistola.

El cristal zaguero del otro coche se convirtió en una lluvia de pequeños brillantes, y Farrell palideció ante su fallido disparo, que había dirigido hacia una de las ruedas. Pero, con aquella enloquecida marcha, acertar en donde uno se proponía era algo prácticamente imposible.

—Tengo que detenerlos —pensó angustiado—. No podré seguir conduciendo mucho rato así, pues moriría congelado...

El frío que recibía por el hueco era cada vez más espantoso, pero su mano derecha volvió a apuntar, firme.

¡Chak!

Hubo un estallido en el otro coche, se ladeó hacia uno de los bajos muros de nieve, lo rozó, y se enderezó, dio contra la otra pared, y zarandeándose, comenzó a perder velocidad, hasta detenerse, mientras Farrell iba hundiendo también el pie en el pedal del freno.

Aún no se había detenido del todo cuando del otro coche saltó

un hombre, que se volvió en el acto, alzando la mano derecha. Scott Farrell puso rápidamente las luces largas, y el hombre se estremeció, alzó ambos brazos hacia sus ojos... mientras Farrell volvía a disparar.

Se oyó claramente el grito del hombre, que saltó hacia atrás, estirando los brazos como si quisiera llegar al cielo, y cayó de espaldas, casi chocando con el conductor, que salía también, pistola en mano.

Scott Farrell ni siquiera le dio tiempo a disparar, ni a alzar el brazo.

Disparó de nuevo, y el conductor se llevó las manos a la cabeza, giró una vuelta y media, y cayó de cara contra la pared de nieve, deslizándose luego hasta el helado suelo, mientras Scott salía por la portezuela de la derecha, y se arrodillaba junto al coche...

—¡La voy a matar! —Oyó de pronto la voz de un hombre dentro del coche—. ¡La voy a matar si no tira usted su pistola!

No hacían falta muchas explicaciones más, realmente. Farrell se estremeció, porque comprendió que aquel hombre no estaba lanzando ninguna bravata...

—¡Tire su pistola y venga hacia aquí! —Oyó la orden.

No veía a nadie en el otro coche, pero era lógico. El sujeto que quedaba allá dentro debía estar encogido entre el asiento delantero y el trasero, sujetando a Lavinia, seguramente apoyando la boca de su pistola en la cabeza de la muchacha.

—¡De acuerdo! —gritó—. ¡Ahí va mi pistola!

La tiró hacia delante, deslizándola por la pista, y se incorporó comenzando a caminar hacia el otro coche. Había dado sólo tres pasos cuando vio aparecer la silueta del hombre, y captó el brillo de la pistola. Desencajado el rostro, Scott Farrell se detuvo, sin darse cuenta siquiera.

Justo cuando en el interior del coche brillaba el fogonazo del silencioso disparo, la silueta de Lavinia apareció, confundiéndose con la del hombre. La bala crujió pasando por encima de la cabeza de Farrell, que reaccionó de modo fulminante al ver mezcladas las siluetas de Lavinia y del hombre, mientras oía los gritos de la muchacha; se lanzó hacia la pistola, la recogió y echó a correr hacia el coche... Estaba llegando allí cuando las siluetas se separaban. Lo vio todo perfectamente: el hombre se desasíó de Lavinia de un

manotazo en pleno rostro, se inclinó hacia el asiento en busca de la pistola que debía haber perdido en el forcejeo...

¡Chack!, disparó Farrell.

El hombre se quedó inmóvil, y Farrell volvió a disparar. El hombre siguió inmóvil, como queriendo asomarse por el hueco del reventado cristal zaguero. Farrell estuvo a punto de disparar otra vez, pero de pronto comprendió. Se acercó lentamente al coche, y, al mirar al hombre más de cerca, vio sus ojos abiertos, su boca crispada, las dos manchas de sangre, una en el cuello, otra en el pecho. Había quedado atrapado entre los dos asientos de modo que no podía caer ni hacia delante ni hacia atrás, pero estaba muerto... La primera bala ya le había matado.

Scott desvió la mirada hacia Lavinia, que estaba encogida junto a la portezuela, contemplando con expresión desorbitada el cadáver.

Con una mueca de disgusto, Farrell pasó junto a aquella portezuela, la abrió y tocó en un hombro a la muchacha.

—Será mejor que salgas de aquí —murmuró.

Ella volvió la cabeza, y se quedó mirándolo, desorbitados los ojos. Scott la tomó de un brazo, y tiró de ella, sacándola del coche, mirándola intensamente.

—¿Estás bien? ¿Te han lastimado de algún modo...?

Lavinia movió negativamente la cabeza, y comenzó a tartamudear, hasta que él sacudió suavemente.

—Serénate... Vamos, pelirroja, no me digas que eres de esas chicas histéricas... —Ella se abrazó a él, y Farrell la abrazó con fuerza—. Bueno, esto está mejor. Tranquila, no pienses en nada. Déjame que te ayude... ¿Está bien el pie?

Lavinia asintió, y comenzó a caminar penosamente, abrazada a él. Farrell optó por levantarla en brazos, y la llevó así hasta su coche, acomodándola en el asiento junto al volante.

—No te muevas de aquí. Yo vuelvo enseguida.

Se acercó de nuevo al otro coche, y se inclinó sobre el primer hombre que había matado; lo registró rápidamente, y fue tirando a un lado todo lo que encontró en los bolsillos. Luego, tomó la billetera, y la abrió, acercándose a una de las luces de posición, para ver su contenido. En primer lugar, aquel hombre se llamaba Oliver Kimberley...

—¡Scott! —Oyó el aterrado grito de Lavinia.

Se volvió velozmente... y recibió en pleno rostro el puñado de nieve, fuertemente lanzado por el conductor de aquel coche, al que pudo vislumbrar una milésima de segundo, con la frente llena de sangre, pero en pie, pasando al ataque... Cegado por un instante, no pudo evitar el tremendo encontronazo con el otro. Rebotaron los dos contra el coche con tal fuerza que Scott tuvo la impresión de que se había dejado la mitad de la cabeza pegada a la chapa metálica. Fue el primero en ponerse de pie, sin embargo..., pero con muy poca diferencia, hasta el punto de que ni siquiera llegó a tocar su pistola antes de que el otro le cayera de nuevo encima.

Sólo que esta vez, Scott Farrell no estaba cegado por un puñado de nieve.

Era ocho o diez pulgadas más bajo que el adversario, y en envergadura parecía la mitad... pero el puñetazo que aplicó al otro en la nariz, en directo, lo frenó como si hubiese estado respaldado por una masa muscular diez veces mayor. El sujeto osciló hacia atrás y adelante..., y entonces recibió el segundo puñetazo, ahora en plena boca, que reventó... La reacción del hombre fue absurda: se echó sobre Farrell, que lo frenó colocándole una mano en el pecho, mientras el otro puño se hundía en su vientre en un escalofriante impacto. El hombre lanzó un gemido, se encogió... y recibió otro golpe en el mismo sitio, de modo que aún se encogió más..., hasta que el pequeño y poco musculado Scott Farrell le lanzó un zurdazo a la barbilla que lo tiró de lado, como un guiñapo..., pero casualmente sobre su propia pistola, que había perdido al recibir el primer balazo rozando su frente.

El sujeto lanzó un bramido de triunfo, sacó de debajo de su cuerpo la mano ya empuñada la pistola, y disparó, justo cuando Farrell saltaba hacia atrás, caía sentado en postura muy poco airosa y sacando velozmente su pistola, disparaba a su vez.

En esta ocasión, la bala no rozó la frente del sujeto, sino que penetró en ella. No hubo más.

Refunfuñando, Farrell se puso en pie, hizo una seña tranquilizadora hacia Lavinia Creviston, y se dedicó a examinar al hombre que le hubiese gustado conservar con vida.

Pero no había nada que hacer.

Se llamaba Earl Craig. Y el otro, Pernell Griffin.

Pero... ¿Quién demonios eran y qué habían pretendido?

Metió las pertenencias de los tres en un pañuelo, y regresó al coche, en el que Lavinia lo esperaba todavía atónita ante el insólito espectáculo del sujeto de los lentes zarandeando a otro de doble envergadura a bofetada limpia.

—Será mejor que volvamos al hotel —le murmuró Scott—: Ahora no voy a tener más remedio que llamar por teléfono... Lavinia: ¿Qué querían esos sujetos?

—No..., no lo sé...

—¿Cómo que no lo sabes? —masculló él—. Te vi cuando uno de ellos te habló, y te fuiste con él tan tranquila.

—Me... me dijo que me esperabas en el coche, pero, al ir a entrar, no te vi, y...

—Entiendo. ¿Te dijeron mi nombre? ¿Te dijeron que Scott Farrell te esperaba en el coche?

—No... Dijeron que... que mi novio estaba con ellos, y que fuese allá...

—Bien. Pero debieron decirte algo más... Está bien claro que querían algo de tí, no de mí. ¿Qué es ello?

—Scott, no... no lo sé... ¡No lo sé!

—Algo debieron decirte, o algo hablarían entre ellos.

—No... No, no. Enseguida, uno se dio cuenta de que tú venías detrás, —y ya no se ocuparon más que de intentar escapar. Solo... sólo dijeron palabrotas, y maldiciones...

—Está bien. Será mejor que regresemos. ¿Tienes frío?

—Estoy... estoy helada...

—Pues no te va a resultar encantador el viaje hasta el hotel, con el cristal roto. Tendré que conducir muy despacio. ¿Por qué me miras así?

—Scott, has... has matado a... ¡Dios mío, has matado a tres hombres!

—Pues ya tenemos algo que Rock Hudson no podría hacer.

Comenzó a maniobrar con el auto en el estrecho camino, hasta conseguir invertir el sentido de su marcha, lo que llevó no menos de tres minutos.

—Habrá que avisar a la Policía.

—Yo me encargo de eso —aseguró Farrell—. En cuanto a ti, te diré lo que vas a hacer: te dejaré cerca del hotel, te vas a la

habitación de tu amiga Carol, sin dar explicaciones a nadie, y yo iré a verte en cuanto haya telefoneado. Lavinia: ¿podrás hacerlo?

—Sí... Sí. Pero, Scott, todo esto...

—Ya ves: mi cliente me ha metido en un lío. Yo tenía que pasar aquí un par de días tranquilos y alegres, y...

—Parece... que te lo estés tomando a broma...

—Pues no —replicó muy seriamente Farrell—. Pero te aseguro que no pienso hacerme el

«hara-kiri»

porque mueran gente como esa que hemos dejado tirados en el camino.

Lavinia se quedó mirándolo, cada vez más asustada, pero no dijo nada más. Scott intentó regresar al hotel a buena marcha, pese al intenso frío que entraba por el hueco del cristal parabrisas, pero muy pronto comprendió que la muchacha iba a llegar congelada si persistía en sus intenciones, así que redujo la velocidad hasta lo razonable: unas cinco millas por hora.

Lo cual era tanto como decir que iban a tardar más o menos una hora en estar de vuelta en el White Bear Hotel.

Demasiado tiempo.

CAPÍTULO VI

En efecto: demasiado tiempo.

Porque cuando volvió a mirar debajo de la cama de la habitación treinta y dos, los tres cadáveres habían desaparecido, y no quedaba allí el menor rastro. Al menos, rastros visibles a simple vista.

Casualidad o no, alguien había aprovechado muy bien su ausencia de una hora y pico para descolgar los tres muertos y llevárselos... ¿adónde?

Se quedó mirando hoscamente por la ventana, hacia la nieve. Nieve por todas partes... Y en tal cantidad que podrían enterrar allí cadáveres a cientos, a miles. Sí, quizá cuando llegase el verano, y la mayor, parte de la nieve se derritiese, aparecían tres hombres en perfecto estado de congelación.

No poco malhumorado, Scott Farrell volvió a salir del hotel, y fue a colocarse bajo la ventana de la habitación treinta y dos; es decir, en su vertical. Por supuesto, se veían en la nieve varias pisadas, que luego se alejaban, hacia el grupito de abetos más cercano a aquella parte del hotel. Como hacía algunas horas que no nevaba, pudo seguir con toda comodidad aquellas huellas, numerosas, que se cruzaban, se hundían profundamente.

Okay. Llegaban hasta el bosquecillo, lo cruzaban..., y al otro lado, cerca de un camino que llevaba a una de las pistas para los novatos, vio las rodadas del coche. Cosa poco frecuente, ya que a aquella parte todo el inundo iba a pie, o como máximo, sobre los esquíes.

—Buen viaje, muertos —masculló.

Volvió al hotel, y se dirigió a uno de los teléfonos de línea directa del vestíbulo. Había ya muy pocas personas por allí, y nadie

le hizo el menor caso. Descolgó el auricular, y estaba a punto de echar las monedas para llamada de conferencia interurbana, cuando de detuvo en seco.

—Un momento —pensó—. Desde este mismo teléfono precisamente.

Se volvió. Sí, indiscutiblemente Las imágenes volvieron a su memoria: aquella mañana, él había entrado en el hotel en primer lugar, luego, los Libby, tal como él había procurado que Ocurriese; luego, los dos sujetos de los que él no tenía noticia, o sea, los que dijeron ser Walter Hormon y Spencer Leeper; él se había quedado sin habitación, mientras que los Libby y Hormon y Leeper se dirigían a ocupar las suyas; entonces, cuando estos cuatro personajes hubieron abandonado el vestíbulo, Salk había abandonado su asiento junto a Lavinia, y se había dirigido hacia aquel mismo teléfono, y había hecho una llamada de un par de minutos...

¿Podía ser que hubiese esperado que ni los Libby ni Hormon ni Leeper le viesen hacer esa llamada... o había sido casualidad? ¿Y a quién había llamado Salk?

Scott Farrell volvió a apretar sus delgados labios en aquella mueca dura, mientras se pasaba la mano por ellos, pensativo. Por fin, movió la cabeza con gesto todavía dubitativo, e introdujo las monedas en la ranura del aparato telefónico.

Tres minutos más tarde, se dirigía hacia el bar, pensando que el jugo de tomate podía irse al demonio. Estaba helado, y un *whisky* en seco le iba a sentar de maravilla.

Y vaya que sí. Mientras lo tomaba en el mostrador, miró por el espejo a los demás ocupantes del bar, pero no vio a nadie que le llamase la atención. Los Libby debían haberse retirado ya. Seguramente, al ser el primer día de estancia allí, debían estar un poco fatigados por el viaje en coche alquilado en Boise, y antes, por el vuelo entre San Antonio de Texas y Boise. Muy lógico.

Lo que no tenía nada de lógica era lo demás.

¿O sí la tenía?

Sacó su libretita, y con el pequeño bolígrafo escribió, en una página:

+

• Salk

- Leeper
- Hormon
- Kimberley
- Craig
- Griffin

La crucecita, desde luego, quería decir «muertos». Piadoso detalle de Scott Farrell.

—Vamos a ver —reflexionó—. Los hombres que asaltaron el Banco que dirige Robert Libby, fueron cuatro. Pero han muerto nacía menos que seis, lo cual, no tiene sentido... aparente. Lo que tengo que encontrar son guarismos que sumen cuatro. Y eso sólo se consigue uniendo a Salk, Kimberley, Craig y Griffin: tres y uno. Vamos a suponer, pues, que fueron estos cuatro los que asaltaron el banco y se llevaron el millón doscientos mil dólares, Ahora: ¿Qué pintan en el juego Leeper y Hormon?

Bebió un sorbo de *whisky* y encendió otro cigarrillo.

—Supongamos ahora que Salk viene al White Bear Hotel a esperar a Libby, mientras que Kimberley, Craig y Griffin se quedan en otro sitio, a la expectativa. Entonces, Salk ve llegar a Libby... y a dos sujetos que no le gustan nada: Leeper y Hormon. Está solo, así que se asusta. Entonces, es cuando llama por teléfono adonde le esperan los otros tres, y les comunica sus temores. En consecuencia, Kimberley, Craig, y Griffin se ponen en marcha hacia aquí, pero no entran en el hotel, sino que aguardan fuera. Mientras tanto, como por casualidad, Libby y Salk se encuentran en el bar, y se ponen a charlar. Se separan, tan contentos. Más tarde, Salk sube a la habitación de Lavinia, llego yo, me golpea, y después se va a su habitación... Allí, le matan, y dejan su cadáver unos minutos para preparar el sistema de llevárselo. Pero, mientras tanto, llego yo y lo veo. Salgo de la habitación, y cuando vuelvo, el cadáver de Salk no está. Como a mí tampoco me gustan Leeper y Hormon, por instinto subo a ver qué están haciendo: y también están muertos, como Salk, que está con ellos, esperando los tres ser retirados del dormitorio, por la ventana, como así ha sucedido precisamente mientras yo estaba helándome de frío por ahí.

Otro sorbo de *whisky*.

Vaya si le estaba sentando de maravilla.

—Ahora, yo tengo que pensar que Leeper y Hormon estaban

trabajando para Libby, que les ha ordenado que maten a Salk. Lo matan, yo lo veo, y luego, mientras estoy con Lavinia, se llevan el cadáver arriba, a la habitación de uno de ellos. Entonces, los matan a ellos... ¿Quién? ¿Robert Libby? Esto podría ser posible desde luego, pero... ¿podría Libby descolgar los tres cadáveres por la ventana más tarde, llevarlos hasta los abetos, ir a buscar el coche, cargarlos, y llevárselos de allí? ¿El solo? La respuesta es NO. Tampoco parece factible que le ayudasen Kimberley, Craig y Griffin, pues si están por aquí es precisamente para ayudar a su compañero Salk... Por lo tanto, alguien más está interviniendo en el asunto: ¿quién?

Era inevitable: el nombre de Lavinia Creviston tuvo que concretarse en la mente de Scott Farrell. Pero una cosa era segura: ella no podía haber ayudado a Libby a descolgar los tres cadáveres ya que estaba en un coche, secuestrada. ¿Podía quizá haber recibido Libby la ayuda de su angelical hija Hazel?

—Yo creo que no —se dijo Scott—. Decididamente, no. Hay otras personas, entonces, además de Lavinia, Libby y su hija ¡Condenado asunto! En cuanto a Lavinia... ¿Por qué estaba Salk en su habitación? ¿Y por qué se la llevaron en el coche los otros tres? ¿Qué demonios pinta ella en todo esto? Dice que no sabe nada de nada, pero..., ¿y si yo probase otra vez?

* * *

Carol Rumsey fue a abrir, y se encontró delante un ramo de flores, que parecía flotar en el pasillo. Por un lado del ramo apareció el rostro del sujeto de los lentes, sonriente.

—Hola —saludó—. ¿Qué tal, señorita Rumsey?

—Bien... ¿Viene a ver a Lavinia?

—Me gustaría.

—Es ya muy tarde... y está acostada. ¿Qué ha ocurrido entre ustedes? Debo decirle que no me gusta lo que está ocurriendo. Nunca he visto a Lavinia asustada, y esta noche...

—Tranquilícese. —Scott cortó una flor, y se la puso sobre una oreja a Carol—. Obsequio amistoso. Y le sienta muy bien. ¿Puedo pasar?

Carol Rumsey tuvo que sonreír.

—Supongo que Lavinia se enfadaría conmigo si no se lo permitiese. Y gracias por la flor.

—Gracias de nuevo a usted por aceptar compartir su habitación y su lecho con Lavinia. Espero que me perdonarán estas incomodidades que les estoy ocasionando por una sola noche. Me parece que mañana habrá habitaciones libres —mientras hablaba, había llegado junto a la cama, metida en la cual, pálida, estaba Lavinia Creviston, contemplándole con ojos muy abiertos—. Te traigo flores, pelirroja.

—Gracias —musitó Lavinia.

—Desde luego, son unas horas bien extrañas para traer flores —comentó Carol.

—Desde luego —admitió Scott—. Y resulta caro: he tenido que dar una propina fabulosa para que me vendiesen éstas en la floristería del hotel. Pero yo soy así. ¿Se ha limpiado ya los dientes, señorita Rumsey?

La amiga de Lavinia quedó desconcertada.

—¿Los, los dientes...?

—Es que la veo a usted en camisión y bata, y supongo que estaba a punto de acostarse también... ¡No me diga que va a hacerlo sin haberse limpiado los dientes!

—Lo que usted quiere es que los deje solos... ¿Verdad?

Scott Farrell sonrió, como el más amable de los buenos muchachos del mundo. Carol Rumsey frunció el ceño, y dijo:

—Voy y limpiarme los dientes.

—Se evitará un montón de caries. Y ya sabe: nada de frotarlos con el cepillo en sentido horizontal, sino vertical, de arriba a abajo, a conciencia, sin prisas... Es el mejor modo de desprender los restos de langosta.

Carol Rumsey sonrió, sin poderlo evitar, y fue al cuarto de baño, cuya puerta cerró.

Scott miró a Lavinia, que parecía asustada.

—¿Qué... qué pasa... ahora? —musitó.

—He venido a darte las buenas noches y a traerte flores —se sentó en el borde de la cama, y la besó en los labios—. Es una costumbre que debemos adquirir cuanto antes. ¿O no te gusta?

—Sí —sonrió ella un tanto desfallecida.

—Bueno. Dime una cosa, Lavinia: ¿de dónde procedes tú? No te

lo había preguntado todavía.

—De Miami.

—Oh. Hermoso lugar. Una vez estuve allí. Conocí a una. No. Dejaremos eso para otra ocasión. Otra pregunta: ¿conocías de antes a los Libby?

—No.

—¿A Salk tampoco?

—Ya te dije que no.

—¿Y a los tres hombres que te metieron en el coche?

—No, no, no.

—¿Recuerdas a los dos hombres que llegaron al mismo tiempo que los Libby y yo?

—No. Estaba adormilada, ¿recuerdas?

—Es cierto. Pero los viste en el bar, cuando llegaste con tus amigos de... emborracharte. Estaban juntos en una mesa. Uno de ellos tenía las manos muy velludas, y el otro...

—Oh, sí... Los recuerdo, sí.

—¿Los habías visto antes alguna vez?

—No, nunca.

Scott Farrell lanzó un suspiro que más parecía un bufido, y se rascó la nuca.

—No diré que mientes, Lavinia —masculló—, pero de un modo u otro, tú estás relacionada con esa gente. Te lo suplico: piensa, recuerda, esfuérzate. No quiero molestarte más ahora, pero... me gustaría que por la mañana hubieses encontrado algo en ese sentido.

—Pensaré, recordaré y me esforzaré, Scott, pero... tengo ya la seguridad de que nunca he tenido tratos con esas personas.

Scott Farrell asintió con la cabeza, se inclinó de nuevo y volvió a besarla en los labios, ahora más largamente, más profundamente. Lavinia sacó los bracitos de debajo de la ropa de la cama, y le rodeó el cuello, con lo que Farrell volvió a notar aquella sensación de seda en sus orejas...

—¿Qué hago? —Oyeron—. ¿Me voy a la habitación de Lavinia?

Resignado. Scott se puso en pie, volviéndose hacia Carol Rumsey, que estaba en la puerta del cuarto de baño.

—¿Ya se ha limpiado los dientes? —masculló.

—Y a fondo.

—Habría que discutir mucho sobre eso. ¿Puedo verlos?

Carol se acercó, riendo, y mostró los dientes. Lavinia también soltó una risita, y Scott Farrell frunció el ceño.

—Debo admitir que es una muchacha aseada. Y tiene unos dientes muy bonitos. Bueno —se llevó dos dedos a la frente—, ¡*aloha*!

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, Carol se acercó a la cama, y miró con curiosidad a Lavinia.

—La verdad, querida, nos pareció a todos que te estaba fallando la vista por interesarte por un tipejo así, pero... No sé. Es encantador, ¿verdad?

Lavinia Creviston tuvo la impresión de que en su mente relucían algunas imágenes, como relámpagos: Scott disparando contra tres hombres, Scott propinándole la gran tunda a un sujeto de doble envergadura que él, Scott guardando su pistola en la funda sobaquera...

—Sí —susurró—. Es encantador...

Mientras tanto, apenas entrar en su habitación, Scott se abalanzó hacia el teléfono, que estaba soñando.

—¿Si?

—Hola, Scott.

—Ah, señor Nickerson... ¿Qué tal? Le estoy esperando desde esta mañana...

—Me ha sido imposible llegar a tiempo. Estoy ahora en un pequeño albergue de Ketchum, pues no he querido llegar de noche al White Bear.

—Ha hecho bien: aquí no habría encontrado alojamiento.

—Ya. Bien, además parece que ha habido un pequeño accidente en un camino, con un coche y tres sujetos... Pero ya está todo arreglado y recogido.

—Entiendo. Magnífico.

—¿Cómo van las cosas por ahí? Espero que me haya disculpado el retraso, muchacho.

—Oh, por mí no se preocupe. Estoy conociendo gente muy interesante, y aún espero conocer otras personas de un momento a otro.

—¿Otras? ¿Qué quiere decir?

—Bueno, señor Nickerson, usted ya sabe: a veces pensamos que

todo va a limitarse a conocer a unas pocas personas y luego resulta que esas pocas personas, a su vez conocen a otras, nos las presentan... ¿Me comprende?

Hubo un par de segundos de silencio de más antes de que el señor Nickerson respondiese:

—Sí, sí, entiendo. Y espero que sepa usted atender a todas sus amistades como es debido.

—No se preocupe por eso. En el momento en que no pudiese, buscaría la ayuda adecuada. Pero como por ahora son pocos y todos muy atentos no hay problema.

—De acuerdo. En ese caso, voy a ocuparme de pequeños asuntos en Ketchum, y nos veremos probablemente mañana. ¿Le parece bien, Scott?

—Por mí está bien, señor Nickerson, no se preocupe. —Buenas noches, entonces.

—Buenas noches, señor Nickerson.

CAPÍTULO VII

El tal señor Nickerson quizá pasó una buena noche, pero no así Scott Farrell, que en lugar de acostarse, apagó todas las luces de la habitación, acercó una silla a la puerta, la abrió apenas el canto de una moneda, y se dedicó a mirar por la estrecha rendija al pasillo hasta las siete de la mañana. Así, como suena.

A las siete, lógicamente cansado, aburrido y sobre todo decepcionado, se duchó, se afeitó, y se cambió de camisa. Luego, volvió a su incómodo observatorio..., siempre con la sensación de estar perdiendo lastimosamente el tiempo.

Poco después de las ocho, se abrió una de las puertas, y la rubita Hazel Libby apareció en el pasillo, ataviada con pantalones, gruesas botas, un hermoso jersey de cuello alto, chaquetón de cuero... Al parecer, estaba decidida a esquiar, aquella mañana.

Pero antes, fue a llamar a la puerta vecina, la 24. Ésta se abrió a los pocos segundos, y Scott Farrell vislumbró a Robert Libby un instante. La muchacha entró, permaneció allá casi un cuarto de hora, y finalmente, volvió a salir, acompañada de su padre. Ambos se dirigieron hacia las escaleras, y desaparecieron del ángulo visual de Farrell.

El cual esperó todavía cinco minutos. Luego, salió de su habitación, cruzó el pasillo, sacó su ganzúa, y en pocos segundos tuvo abierta la puerta número veinticuatro. Con toda naturalidad, entró, cerró tras él, y miró a su alrededor.

—Muy bien —pensó—: me pregunto qué demonios espero encontrar aquí.

Pero se dedicó a buscar.

Y naturalmente, empezó por el armario, donde estaban todas las cosas de Robert Libby, el ocupante de aquella habitación. Su

equipaje era abundante, pero no exagerado. Con gran habilidad, removió las cosas colocadas en el armario, de tal modo que cuando las dejaba, quedaban exactamente como habían estado; sus dedos eran tan delicados y fuertes a la vez como los de un pianista. Parecían no hacer nada, pero lo removieron todo. Una cosa le gustó: Robert Libby, al parecer, no llevaba armas.

—A menos —reflexionó, mirando las maletas que había en el altillo del armario— que haga como yo y tenga un doble fondo en una de esas maletas...

Eran tres. Las bajó y examinó las dos primeras, que estaban abiertas. Luego, se quedó mirando con gran interés la tercera que tenía alrededor del cierre una delgada pero fortísima cadenita de acero cerrada con un no menos sólido candado.

—Caramba, qué cosas...

Del borde de la funda de su pistola, sacó otra ganzúa de acero, más delgada, e introdujo la punta de la pequeña ranura del cierre del candado. Nada, cuestión de segundos... Ni siquiera tardó medio minuto en abrirlo. Retiró con cuidado la cadenita, abrió la maleta..., y se quedó contemplando, sin la menor expresión de sobresalto, sorpresa o admiración, la fortuna que contenía. Luego, tomó uno de los fajos de billetes viejos, y los hizo pasar entre sus dedos. Miró por último la numeración de varios de ellos, y de los correspondientes a otros fajos... Y una seca sonrisa estiró la boca de cepo de Scott Farrell.

—¿Qué te parece, muchacho? —se dijo—. ¿Quién podría relacionar este dinero con un millón doscientos mil dólares en billetes nuevos y de numeración correlativa, recién salidos del horno?

Cerró la maleta, colocó la cadena y el candado y la dejó en su sitio. Todo en su sitio. Cerró el armario, echó un vistazo alrededor para asegurarse de que no había variado nada de posición y se encaminó hacia la puerta... Y estaba apercibiendo ya la ganzúa para cerrar una vez hubiese salido, cuando algo tintineó en la cerradura. Con la rapidez del rayo, Scott Farrell dio la vuelta, y todavía no se había abierto la puerta cuando ya estaba él dentro del cuarto de baño.

Oyó abrirse y cerrarse la puerta, y luego unos pasos recios, fuertes. Pero no era Robert Libby, al mirar por la rendija de la

puerta y el marco, a quien vio fue a Hazel Libby, que con sus recias botas parecía dispuesta a agujerear el piso. Cambiando de posición tras la puerta del baño, Farrell la fue viendo dirigirse al armario; lo abrió, metió la mano dentro..., y la retiró con unos potentes prismáticos.

—Altamente interesante —pensó Farrell.

Lo que siguió también fue altamente interesante, pero no le hizo la menor gracia: en lugar de abandonar de nuevo el dormitorio de su padre, Hazel Libby entró en el cuarto de baño, se colocó ante el espejo, se alzó el grueso jersey, otro más delgado, y dejó al descubierto parte de su torso, cubierto ya solamente con los sujetadores. Bajó la copa del seno derecho, que quedó al descubierto, y se quedó mirando en difícil postura el cierre regulador de altura... Lo bajó un poco, con gesto de alivio... y su mirada a través del espejo del lavabo, quedó fija en la de Scott Farrell, como petrificado junto a la puerta.

Hazel Libby emitió un gritito de auténtico sobresalto, y se volvió, tan sorprendida y asustada, que no acertó a bajarse los jerseys tan siquiera.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó, con voz aguda.

—Se va a resfriar —señaló Scott el seno desnudo de la muchacha.

Ella se sonrojó, pero seguramente más de ira que de pudor. Arregló sus ropas precipitadamente, y volvió a hacer la pregunta.

—¿Qué hace usted aquí?

—Me parece que me he equivocado de habitación —sonrió mansamente Farrell.

Por un instante, pareció que Hazel Libby fuese a creerse semejante cuento chino. Pero en su rostro hubo toda una expresiva gama de cambios, y por fin exclamó:

—¡Usted es un ladrón! ¡Usted...!

—¡Ssst! —Se llevó Scott un dedo a los labios—. Por favor, señorita Libby, no grite. No querrá usted que me encierren en una fea cárcel, ¿verdad?

—Es un ladrón —jadeó ella, como sorprendida de que aquella primera sospecha suya fuese cierta—. ¡Un ladrón!

—Bueno. Mire usted... Vaya, es que el dinero está tan mal repartido en el mundo... Y como anoche su padre me dijo que era

banquero, pues pensé...

—¡Una rata de hotel! Tan elegante, tan educado y simpático... ¡Claro! Un vulgar ladrón.

—De vulgar, nada —frunció el ceño Farrell—. No tiene por qué ofenderme. ¿Acaso habría sospechado de mí si le hubiese faltado algo a su padre? Yo creo que no. Pero ha tenido que venir aquí. Maldita sea mi estampa, usted ya estuvo antes aquí, salió con su padre... ¿Qué ha venido a hacer ahora?

—A buscar los prismáticos de mi padre para... ¡Lo voy a denunciar ahora mismo!

—Si hace eso, yo diré que lleva usted postizos —aseguró Scott Farrell.

—¿Qué llevo...? ¿Dónde, qué...?

Scott se acercó, y tocó el jersey de la muchacha con un dedo.

—Diré que lleva postizos aquí.

—¡Yo no llevo...! —Enrojeció Hazel.

Scott Farrell no la dejó terminar. La atrajo, de pronto, y la besó en los labios. Hazel quedó envarada un momento. Luego, se relajó. Y por fin, sus bracitos se alzaron, para rodear el cuello de Farrell mientras correspondía al beso. Cuando éste terminó Hazel tenía los ojos cerrados y Scott besó ambos párpados, musitando seguidamente:

—No vas a denunciarme, ¿verdad, rubita?

Ella abrió los ojos, y suspiró.

—Tengo que hacerlo...

—Vamos... ¿Qué ganarías con ello? Esto no es nada importante para ti, ni para tu padre. Además, el muy avaro ni siquiera ha dejado unos pocos dólares en sitio alguno...

¿O tú sabes dónde los esconde?

Hazel soltó una risita nerviosa.

—¿Me estás pidiendo que te ayude a robar a mi padre?

—Bueno... ¿Qué significan para vosotros unos pocos dólares? Y yo estoy sin blanca, encanto. Con un poco de dinero, podré quedarme unos días por aquí, disfrutando del ambiente... y de tu compañía.

—¿De mi compañía? ¿Y qué me dices de la señorita Creviston?

—Bah, bah, bah... Anoche mismo me di cuenta de que no valía la pena como cliente. Es de las que llevan poco dinero encima...

Cuando termina las vacaciones, llama a su papá, éste le envía un cheque, y asunto arreglado.

—Ya. Entonces, quieres estar conmigo para robarme...

—Pero puedo robarte algo más que dinero —sonrió Farrell—. A menos... que tú quieras darme muchas cosas, mi amor. Pero, claro, si ya no te parece tan agradable mi compañía, pues... puedes denunciarme a la dirección del hotel. Te enviaré alguna tarjeta postal desde la cárcel... mientras sueño contigo...

La volvió a besar. Hazel Libby gimió quedamente, y Scott notó el estremecimiento de su cuerpo entre sus brazos.

—¿Cuánto... cuánto dinero... necesitas? —murmuró ella.

—Me arreglaría con un par de miles, por el momento. Pero si voy a parar a la cárcel, necesitaré bastante menos.

—No —musitó ella—. No. Yo te daré ese dinero, Scott. Pero no vuelvas a intentar nada en este hotel mientras yo esté aquí. ¡Y no quiero verte otra vez con esa pelirroja!

—Prometido —alzó Scott una mano.

—¿Lo necesitas ahora mismo?

—Puedo esperar unas horas. ¿No vas a denunciarme?

—Si te portas bien conmigo, no —susurró Hazel—. En el fondo, tienes razón: ¿Qué importa que robes unos pocos dólares? Pero no vas a necesitar hacerlo, yo te los daré.

—Me parece que no va a ser difícil portarse bien contigo —sonrió él.

—Eso es... Y no lo olvides. Voy a estar aquí una semana tan sólo y... quisiera no olvidarla nunca.

—Pues acabas de contratar al mejor muñeco de la feria para que te divierta. No sé si me complace el trato, francamente.

—Bueno —sonrió ella—. Todavía estás a tiempo de elegir: ser mi muñeco... o ir a la cárcel.

—Bien pensado —frunció el ceño Farrell—, me divertirá hacer de muñeco. Parece ser que no te paras en tonterías a la hora de proporcionarte diversión, querida mía. No sé si te das cuenta de que me estás sometiendo a chantaje.

—Pero... ¿No te parece un dulce chantaje? —ofreció de nuevo sus labios Hazel.

—Eso también es verdad —admitió Scott.

Volvió a besarla, hasta que ella se apartó, suspirando.

—Bueno —dijo—, buscaremos unos esquíes para ti, y nos iremos...

—Si lo que quieres es que me mate —cortó Farrell—, será más sencillo que busques una pistola y me pegues unos tiros. ¿Sabes manejar una pistola?

—¡Claro que no!

—Pues podría hacerlo tu padre.

—¿Mi padre? —rió ella—. ¡Si le pones una pistola en la mano se muere del susto!

—Ah. Bueno, mira, encanto: todo lo que quieras... menos tirarme montaña abajo encima de unos palitos.

—De acuerdo —rió ella—. Iré yo sola esta mañana, pero a partir del momento en que vuelva, no vas a separarte de mí. Me gustaste enseguida, y... ya que he podido comprar mi propio muñeco, lo utilizaré. Bésame más.

Caramba con la rubita...

Y mientras la besaba, Scott Farrell pensaba que había tenido razón: si ninguno de los Libby era capaz de disparar una pistola, significaba que había alguien más en el asunto. Alguien que hasta el momento había pasado desapercibido para él...

—Basta —se separó Hazel, jadeando—: Basta, o... o no voy a ir a esquiar esta mañana... —Malo. Ante todo, el deporte. ¿Qué querrás que hagamos luego?

—Lo pensaré mientras esquío —rió ella—. Tienes que estar esperándome, y te diré a qué vamos a dedicarnos estos días... muñeco mío.

Lo besó ella esta vez. Luego, volvió a reír, excitada como una niña con un juguete nuevo, y salió del cuarto de baño, seguida de Farrell. Hazel recogió los prismáticos de encima de la cama, y lo miró, sonriendo.

—Has tenido suerte de que me ofreciese a venir yo en busca de los prismáticos para que mi padre me vea esquiar desde la terraza. Si hubiese venido él...

—Siempre he sido un muñequito de suerte. Y te voy a hacer una pregunta, amor mío: ¿Qué demonios has visto en mí?

—Eres encantador —volvió a reír ella—. Además, tienes un gesto raro en la boca, un gesto... ¿cómo te diría...? Muy masculino. Y, en fin, ninguna pelirroja va a poder conmigo, si lo quieres así.

—Oh. Bueno, ve a esquiar, amor. No quisiera privarte de una de tus diversiones.

Hazel le tomó de un brazo, siempre riendo, y salieron juntos del cuarto de Robert Libby.

—Hasta luego —se despidió Scott—. Voy a buscar algo a mi cuarto. Supongo que no le dirás nada a tu padre... ni a nadie.

Hazel sonrió, le dio otro besito, y se fue escaleras abajo. Scott Farrell quedó inmóvil en el pasillo durante un par de minutos, pensativo. Luego, sin entrar en su cuarto, bajó también. Apareció en la terraza, donde Robert Libby, muy bien abrigado, sostenía los prismáticos mientras le decía algo a su hija, que asentía con la cabeza, y que al verlo aparecer le dirigió una luminosa mirada.

—Buenos días, señor Farrell —saludó.

—Buenos días, señorita Libby... ¿Qué tal, señor Libby?

—Muy bien —sonrió el banquero—. ¿No se decide usted a acompañar a Hazel a esquiar, señor Farrell?

—Sólo tengo dos piernas... y las necesito. Espero que su hija sabrá disculparme.

—Desde luego —rió la muchacha—. Pero nos veremos más tarde, ¿verdad?

—Verdad. Estaré encantadísimo.

Hazel volvió a reír, y se alejó hacia el cobertizo de los esquíes.

—¿No se sienta, señor Farrell? —invitó Libby, mostrando los prismáticos—. Desde aquí podemos dedicarnos a ver cómo esquía mi hija. Le aseguro que no lo hace mal.

—Gracias por la invitación. Pero aún no he desayunado. Nos veremos luego, señor Libby.

—Oh, sí... Muy bien. Yo voy a estar aquí todo el tiempo.

—De acuerdo.

Farrell se alejó, y Libby quedó solo, cómodamente instalado en el butacón de la terraza, tomando con placidez el sol, que comenzaba a mostrarse tibio, amable... Poco después, vio salir a su hija del cobertizo, esquíes al hombro. Luego, la muchacha tomó una de las telesillas, hacia lo alto de la pista. Cuando dejó de distinguirla a simple vista, utilizó los prismáticos, y finalmente se dedicó a graduarlos de modo que quedasen ajustados a la distancia conveniente para verla descender...

Finalmente, cuando miró a su alrededor, vio a Farrell y a la

bonita pelirroja, sentados juntos en sendos butacones, también dispuestos a tomar el sol, al parecer. El ceño de Libby se frunció al ver el escayolado pie de la señorita Creviston. Había que tener eso en cuenta. Y sería fastidioso que Hazel se rompiese un pie durante aquellos días...

Robert Libby notó una presencia a su lado, y alzó la mirada. Un gesto de sorpresa, y enseguida de alarma, apareció en su rostro, y tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse en pie de un salto.

—Mac Kenna... —susurró.

El gordo, lustroso y sonriente Orville Mac Kenna estaba allá... Lustroso y gordo, cierto, pero en absoluto sonriente, en aquel momento. Todo lo que hizo fue mover la mano derecha, y el llavín cayó en el regazo de Libby, que se quedó mirándolo desconcertado. Cuando volvió a mirar a Mac Kenna, éste se había sentado ya junto a él, y lo miraba fijamente.

—¿Qué... qué pasa? —jadeó Libby.

—Señor Libby, yo tendría que estar en estos momentos muy lejos de aquí, pero... ya le dije que soy una persona seria.

—No... no comprendo... ¿Por qué me devuelve la llave...?

—Puede metérsela en cierto sitio —enrojeció de ira el lustroso rostro de Mac Kenna—. Y si ha sido una broma, bien está, pero tendrá que atenerse a las consecuencias si algo ocurre.

—Pe... pero no... no entiendo lo que quiere decir.

—Se lo explicaré con muy pocas palabras, señor Libby. En primer lugar, en el Atlanta Hotel de Hailey no estaban los tres tipos que teníamos que quitarle de en medio; me estoy refiriendo, claro está, a Kimberley, Craig y Griffin. Así que mis hombres, y yo después de dejar en lugar adecuado a los tres que eliminamos aquí, decidimos seguir hacia Boise. Fuimos a la terminal de autobuses, buscamos la casilla número ciento ochenta y uno, y...

—¿No estaba el dinero? —Palideció intensamente Libby.

—Quizá esté allí. ¿Usted no lo sabe?

—No... Claro que Salk y los otros pudieron engañarme... ¿Qué quieres decir con eso de que «quizá» esté allí el dinero?

—No pudimos abrir el compartimiento, así que no sabemos si el dinero está o no está.

—Pe... pe... pero... pero con esta llave...

—Esta llave quizá abra la puerta principal de la Casa Blanca,

señor Libby, pero no el compartimiento ciento ochenta y uno de la terminal de autobuses de Boise.

—Pe... pero no... no entiendo... Salk me dio esta llave...

—Ignoro cuál llave le entregó Salk a usted, y también ignoro qué clase de juego es el suyo, señor Libby. Lo cierto es que no pudimos abrir el compartimiento.

—Pero pudieron... pudieron forzar la puerta...

—Muy gracioso. ¿Cree usted que una terminal de autobuses como la de Boise es un lugar solitario? Siempre hay gente allí: gente que llega, gente que se va, empleados, policías haciendo su tranquila ronda, conductores, taxistas... ¿Usted cree que iba a arriesgarme a que un policía se metiese con nosotros, y que encontrase en nuestro poder un millón doscientos mil dólares, cuya numeración todo el país conoce? Eso es lo que habría sucedido si mis hombres y yo hubiésemos forzado ese compartimiento. No, señor Libby... no sé lo que está usted tramando, pero le diré lo que estoy tramando yo: quiero ese millón y pico de dólares y una muy buena explicación.

—¡No sé qué explicación darle, Mac Kenna!

—¿No? Bueno, entonces se la daré yo a usted... Veo que tiene unos buenos prismáticos: ¿Quiere mirar con ellos hacia la pista?

—¿Mirar... hacia...?

—Sí. Hacia la pista por la que usted espera ver descender de un momento a otro a su hija.

La palidez de Libby se convirtió en lividez de muerte. Sus manos temblaban mientras colocaba los prismáticos ante los ojos. Estuvo así más de un minuto, buscando a su hija, sabiendo que la identificaría sobre todo por el jersey y el chaquetón.

Y, en efecto, cuando llevaba casi dos minutos mirando, la vio, de pronto, apareciendo en lo alto de la pista.

El sol brilló en la nieve pulverizada cuando la muchacha se lanzó pista abajo. Y también se convirtió en hermoso polvo blanco cuando tres hombres se lanzaron tras ella segundos después, como casualmente.

Libby bajó los prismáticos, y miró a Mac Kenna, que asintió con la cabeza, mientras susurraba:

—Así es: son mis hombres. William, Cornell y Jack, al cual ya conoce usted. En mi bolsillo, tengo —se tocó el pecho—, una

pequeña radio que nos tiene en contacto. Si les digo que todo va bien no le pasará nada a su hija Si les digo que todo, va mal, la van a matar, señor Libby. ¿Me comprende usted?

—No... ¡No, no comprendo nada!

—Le voy a dar un consejo —dijo fríamente Mac Kenna—: puede que sus hombres le engañasen a usted, y, en cierto modo, para ser sincero, eso es lo que creo. Lo siento por usted. Pero, señor Libby, si no vamos a poder realizar el negocio, usted va a devolverme los seiscientos mil dólares que le entregué anoche. ¿Está claro? O eso, o ya puede irse preparando para ir a esas montañas nevadas en busca del cadáver de su hija. —Le... le devolveré su dinero, Mac Kenna.

—Ahora.

—Sí... Sí, sí, ahora... Es que... había... había pensado enviar el dinero fuera del hotel, y... y...

—Si hubiese hecho eso, todo iba a terminar muy mal. Pero como entiendo que no ha sido así, vaya a buscarlo. Y por si cree que puede ser más listo que yo, le diré que mis hombres esperan llamadas periódicas mías; si una de esas llamadas no llega, matarán a la muchacha.

—No ha debido meterla a ella en esto...

—Quizá. Pero de este modo se simplifican las cosas. Nada de discusiones: o el dinero, o matamos a su hija. Vaya a buscarlo.

Robert Libby asintió, y se puso en pie. Se dirigió hacia el interior del hotel pidió su llave, y subió, Poco después, abrió el armario, y sacaba la maleta que contenía los seiscientos mil dólares.

Lívido, pero al mismo tiempo sudando precisamente por al angustia, se dirigió hacia la puerta, la abrió... y se quedó mirando sobresaltado a Scott Farrell, que estaba ante él, en el pasillo.

—¿Se va de viaje, señor Libby? —sonrió Scott.

—Apártese —jadeó el banquero—. Tengo mucha prisa.

—Con mis mejores modales, le diré que discrepo enérgicamente —se congeló la sonrisa de Farrell—. Entremos.

—¡No me moleste ahora, Farrell! ¡Métase en lo que le importe, pero no me...!

—Eso estoy haciendo, señor Libby: meterme en lo que me importa. —Scott Farrell sacó un estuche de piel que abrió y colocó ante los ojos de Libby—. Ahora, entremos.

Durante unos segundos, Robert Libby estuvo contemplando el

contenido de aquel estuche de piel. Luego, de pronto, sus hombros se abatieron, la cabeza le cayó flojamente sobre el pecho, todo él pareció deshincharse.

Dio media vuelta y entró de nuevo en su cuarto.

Tras él, guardándose el estuche que contenía la placa y la credencial de agente especial del Police Department, Scott Farrell hizo lo propio, cerró la puerta, y se quedó mirándolo fijamente.

—Y ahora, señor Libby —susurró gélidamente—, hablemos de esos sorprendentes billetes viejos que usted tiene en la mano.

CAPÍTULO VIII

Scott Farrell asintió con la cabeza.

—Está bien —murmuró—. Y no se preocupe demasiado: haré lo posible por sacar a su hija de ese apuro.

—Es lo único que me importa ya... Por lo que más quiera, Farrell... ¡Santo Dios, van a matarla!

—Procuraremos impedir eso. De todos modos, ¿sabe quién sería el único culpable de la muerte de su hija? Usted, señor Libby.

—No... ¡No!

—Yo creo que sí. Si usted no hubiese planeado tan a la perfección el robo en su propio Banco, Hazel no estaría ahora en peligro, ni habrían muerto los dos empleados del banco, ni otros seis hombres...

—Pe... pero ¿cómo pudieron sospechar de mí?

—Precisamente, porque el atraco había sido «perfecto». Sí, el atraco, en sí mismo, fue... una obra de arte, en la que todo estaba calculado. Incluidas dos muertes. Y luego, seis más. Pero eso no lo sabíamos entonces, claro. A decir verdad, mis compañeros del PD están batiendo toda la frontera al Sur de San Antonio desde que se llevó a cabo el atraco. Pero, entre mi jefe y yo, comenzamos a darle vueltas al asunto, y cuando usted se dispuso a salir de vacaciones un mes después del atraco, nos pusimos en movimiento. Supimos que había tomado dos pasajes para Boise, y yo me adelanté. En el aeropuerto, me uní a ustedes, y los seguí hasta aquí... Algo nos olía a quemado a mi jefe y a mí. Y ya ve: tenemos buen olfato. Un plan muy ingenioso, pero que, por alguna parte, ha tenido un fallo... Siempre sucede, señor Libby... Siempre. Siempre, alguien, hace, algo que no debiera..., empezando por cometer un atraco, claro.

Libby asintió, y se quedó mirando la llave.

—Ustedes no podrán recuperar el millón doscientos mil dólares —murmuró—. Está bien claro que también Salk y los otros querían traicionarme a mí. Nadie sabrá nunca dónde escondieron el dinero, ahora que ellos han muerto...

Scott Farrell frunció el ceño, tomó el llavín, y lo estuvo examinado unos segundos, absorto. Ésta era una buena pregunta: ¿dónde habían escondido Salk y los otros tres el dinero, si no estaba en el compartimiento ciento ochenta y uno de la terminal de autobuses de Boise?

—Lo buscaremos —encogió los hombros, sonriendo de pronto de un modo raro—: Ahora, hay que atender el asunto de ese Mac Kenna. Usted no sabe realmente con qué clase de gente está tratando, señor Libby... Pero yo sí: compradores de dinero. Gente sin ningún escrúpulo, capaz de cualquier cosa. Y le diré otra cosa: el PD va a obtener un buen tanto cuando le demos su merecido a Mac Kenna y por medio de él lleguemos más arriba en esa organización. Digamos que vamos a matar dos pájaros de un tiro: Mac Kenna y usted. Pero su hija no es... ningún pájaro. Es una muchacha mimada y egoísta, simplemente. No dejaremos que le hagan daño...

—Por Dios... ¡Por Dios se lo pido, Farrell, no permita...!

—No necesita invocar a Dios para que yo cumpla con mi deber —refunfuñó el policía, miró a su reloj—: Vamos ya: Mac Kenna debe estar empezando a ponerse nervioso por su tardanza.

* * *

—¿Cómo has tardado tanto? —protestó Lavinia—. ¡Estaba empezando a pensar que te habías olvidado de mí!

Farrell se sentó junto a ella, sonriendo. Sacó un cigarrillo, dio unos golpecitos con él en la escayola que cubría el pie de la muchacha, y lo encendió.

—¿Tienes coche? —preguntó.

—No. Aquí, no. Precisamente, estoy esperando que Sandy me lo traiga. Vendrá en mi coche, para quitarme la escayola, y luego se irá en. —¿Cuándo va a venir?

—Esta mañana, pero no sé la hora. ¡Y siempre y cuando no tenga alguna emergencia que atender!

Farrell desvió la vista hacia la terraza al ver aparecer en ella

Robert Libby, con la maleta que contenía los seiscientos mil dólares. Mac Kenna se puso en pie al verlo, fue hacia él, y comentó algo, irritado. Pero la discusión fue muy breve. Luego los dos salieron de la terraza, y se dirigieron hacia el estacionamiento.

—¿Crees que alguno tus amigos nos prestaría. —Prestaría su coche, quiero decir?

—¿Qué vamos a hacer...?

—Tú, nada. Date prisa: te espero en el estacionamiento.

Sin más, se puso en pie, y caminó rápidamente. Llegó al estacionamiento a tiempo de ver la matrícula del coche en el que entraron Mac Kenna y Libby, y se dirigió a toda prisa hacia una de las cabinas telefónicas exteriores. Introdujo unas monedas, marcó y estuvo charlando apenas medio minuto mientras veía a Lavinia acercarse, mirando desconcertada a todos lados.

Acudió junto a ella, le quitó de los dedos las llaves, y le dio un beso en la nariz.

—Creo que empiezan a gustarme las pelirrojas... ¿Cuál es el coche?

—Ese rojo... Yo voy contigo.

—No.

Se dirigió hacia el coche, entró en él refunfuñando, pues había estado a punto de golpearse con los esquíes mal colocados en el techo, introdujo la llave en el contacto, el motor se puso en marcha..., y Lavinia abrió la otra portezuela y se sentó a su lado. El policía la miró, fruncido el ceño. Abrió la bocaza... y la cerró de golpe. Un instante después, el coche partía en pos del de Mac Kenna.

Lo divisaron segundos después, ascendiendo por uno de los caminos que circundaban las pistas, atestadas de esquiadores. Una espléndida mañana, nieve blanda, formidables pistas.

—¿Adónde demonios han llevado a esa pobre chica...?

—¿Qué? —Lo miró sobresaltada Lavinia.

—Nada. Es decir, sí, una cosa: dentro de poco, seguramente saldré del coche. Tú te quedarás dentro, y no saldrás pase lo que pase... O me juras eso, o te echo fuera ahora mismo. ¿Está claro?

—Sí, Scott.

Farrell todavía refunfuñó algo, siempre fija la mirada en el coche de Mac Kenna, que seguía ascendiendo. Por fin, le vio

detenerse, y el policía frenó también, tras colocar el coche casi fuera del camino, quedando entre unos abetos... De pronto, se volvió hacia Lavinia, la tomó en brazos con fuerza, y la besó en la boca... simultáneamente que en el otro coche brillaban dos puntos, como espejos.

Lavinia consiguió desasirse, y jadeó:

—Scott, ¿qué...?

Scott la volvió a besar, rudamente, mientras miraba de reojo hacia el otro coche. Sí, allá se veían brillar los lentes de los prismáticos de Robert Libby; con toda seguridad, Mac Kenna se había dado cuenta de que otro coche iba tras él, y estaba mirando por si había algo que temer...

El brillo de los prismáticos dejó de verse. Lavinia había optado por no pedir más explicaciones, y Scott se felicitó por haberse resignado a su compañía, pues de otro modo quizá Mac Kenna no aceptase tranquilamente la presencia de otro coche... Siempre besando a la muchacha, Scott Farrell vio salir del otro coche a Libby, sin la maleta. Parecía desamparado y asustado, vacilante... Pero, por fin comenzó a caminar por la nieve pendiente arriba, por entre los abetos.

Farrell dejó de besar a Lavinia en el acto, y exclamó:

—No... ¡Por Dios, no!

Lavinia, que aún estaba flotando entre nubes, susurró:

—¿Qué pasa...? ¿Por qué no sigues besán...?

Scott puso la marcha atrás, maniobró, y sacó el coche de allí, regresando, desapareciendo pronto del alcance visual de Orville Mac Kenna, que, evidentemente, se había quedado en el coche. Scott detuvo el suyo un poco más allá, y miró a Lavinia, demudado.

—Está jugando sucio —casi tartamudeó—: ¡Los van a matar a los dos!

—¿Qué dices...?

—¡Le ha dicho que vaya a recoger a su hija, y que los otros tres bajarán hacia el coche y se irán con el dinero, pero no van a hacerlo así, los matarán a los dos...! ¡Ese Libby es un... un desdichado que...! Lavinia, por lo que más quieras. ¡No te muevas de aquí, pase lo que pase!

Saltó del coche, y se lanzó montaña arriba, hundiéndose en la nieve sus impecables zapatos. Era tan difícil la ascensión, con nieve

hasta las rodillas, que tardó más de cinco minutos en localizar a Libby, que se hallaba ahora por debajo de él, caminando hacia una depresión donde se veía un bonito grupo de abetos. Farrell se dispuso a llamarlo, pero se contuvo: si le oían llamándole, ya podía perder toda esperanza de sacar con vida a Hazel de aquel apuro. La matarían inmediatamente, y comenzarían a disparar contra ellos.

Porque, sin duda alguna, los tres hombres de Mac Kenna y Hazel Libby estaban esperando en aquel bosquecillo aislado, hacia el cual caminaba Robert Libby como un autómatas, tenazmente.

—Si no hubieses planeado el asesinato de tantas personas me darías pena —reflexionó Scott.

Inició el descenso rodeando aquella elevación, de modo que llegaría muy cerca del bosquecillo sin que pudiesen verlo desde allí; pero la marcha era tan pesada que jamás llegaría a tiempo de impedir nada, así que se dejó caer rodando ladera abajo. Velocísimo viaje. Se sacudió la nieve, se frotó las manos, y sacó la pistola, continuando su marcha lo más deprisa que pudo. Y estaba ya casi en lo alto de la última ondulación de nieve cuando oyó, con sorprendente claridad, la voz de Robert Libby:

—¡Jack! ¡Mac Kenna ya tiene el dinero, dejen marchar a mi hija!

—¡Acérquese más, señor Libby! —replicó una voz de hombre.

—¡Estoy bien aquí! ¡Mac Kenna ya tiene que haberles llamado por la radio, diciéndoles que todo está bien...! ¡Suelten a mi hija!

Scott Farrell apareció por fin en lo alto, y se sorprendió al encontrarse tan cerca de los protagonistas directos de la escena. Tenía a Libby a su izquierda y delante y a su derecha el bosquecillo. Delante de éste había tres hombres, junto a un muñeco de nieve, y reían divertidos.

—¡Señor Libby, no hemos tenido a su hija en ningún momento, ella está esquiando por ahí...!

—¡Déjenla marchar!

—¡No sea terco, le digo que no la tenemos! Pero Mac Kenna quiso hacérselo creer a usted.

Scott Farrell lanzó una exclamación... Libby se había ido acercando y, al parecer, los tres hombres consideraron que ya estaba lo suficientemente cerca, así que sacaron sus pistolas...

¡Chak!, disparó el policía.

El que había estado conversando con Libby lanzó un aullido,

soltando la pistola, y tras girar de pie un par de veces, se dio de bruces contra el jocoso muñeco de nieve, para caer de espaldas, muerto.

Y mientras Jack moría, los desconcertados Cornell y William disparaban contra Robert Libby, siguiendo la inercia de sus pensamientos, de sus intenciones, comprendiendo demasiado tarde que estaban cometiendo un error.

¡Chak!

William recibió el siguiente balazo disparado por Scott en el centro de la frente, y saltó hacia atrás, mientras Libby se tambaleaba, crispando sus manos en el pecho... Mientras el banquero caía de bruces en la nieve, Scott Farrell escondía la cabeza velozmente tras la elevación que reventó en pequeños surtidores de nieve pulverizada por los disparos de Cornell. Inmediatamente, el policía giró hacia su derecha, se asomó por otro lado... y ya no vio al último de los tres asesinos.

Es decir, lo vio, pero corriendo hacia el otro lado del bosquillo. Salió tras él, pero otro silencioso disparo le hizo tirarse de nuevo cara a la nieve...

—Mi hija —oyó el gemido de Libby—. Mi hija...

Farrell se arrastró rápidamente hasta él, y le dio la vuelta. Se mordió los labios al ver el lugar donde se habían hundido las balas disparadas por los asesinos.

—Mi... mi hija...

—Cálmese. Ya ha visto que no la tenían ellos... No se mueva de aquí, señor Libby, no haga nada... Voy a ir a por ayuda inmediatamente. Traeré a su hija también, si la encuentro...

—Mi hija —gemía tercamente Libby—: Mi hija, mi pequeña.

No miraba a Scott, sino hacia el bosquillo. Concretamente, hacia el muñeco de nieve. Farrell miró hacia allá y vio que parte de la nieve del muñeco había saltado al recibir el choque del primer asesino que él había matado... Y por entre la nieve, se podía vislumbrar ahora un tono rojo intenso.

—Mi hija...

Lívido como un muerto, Scott Farrell fue hacia el muñeco de nieve, y se quedó mirando aquella cosa roja. Era parte de un bonito jersey.

Aterrado, el policía comenzó a quitar nieve de la cabeza del

muñeco, hasta que fue apareciendo el rostro de Hazel Libby, amoratado. Tenía los ojos abiertos, fijos La boca crispada, el cuello tenso...

—Dios... Santo Dios... —jadeó Scott.

Se volvió hacia Libby, que se arrastraba por la nieve llamando a su hija y llorando a lágrima viva, dejando un rastro rojo en la nieve. Scott Farrell tragó saliva. Se sentía tan helado como pudiera estarlo la desdichada Hazel Libby... Y de pronto, recordó que uno de aquellos asesinos había escapado hacia el otro lado de la montaña, y que Mac Kenna debía estar esperándolo en su coche...

No se equivocaba.

Le quitó rápidamente los esquíes a Jack, se los puso, y se dirigió hacia el bosquecillo, cruzándolo cada vez más deprisa. Cuando apareció en el otro lado caminando sobre aquellos «palitos», aún pudo ver al asesino, lanzado montaña abajo sobre sus esquíes.

Sin vacilar un instante, Scott se lanzó tras él, a tumba abierta, sin bastones, sin equipo adecuado, al aire su corbata señorial y correctísima de veinticinco dólares, notando en el acto como si su pecho estuviese siendo sumergido en un baño de agua helada Pero todo esto, a tal velocidad, que cuando Cornell volvió la cabeza lanzó un aullido de alarma, y dejó de ir describiendo curvas para un descenso controlado, y se lanzó también en línea recta hacia el camino donde le esperaba Mac Kenna, ya muy cerca...

No oyó el chasquido de la pistola de Scott Farrell, pero sí notó el golpecito en la espalda. Un golpecito suave; pero, en el acto, Cornell se dio cuenta de que ya no tenía fuerzas en las piernas, de que algo raro estaba ocurriendo, de que, asombrosamente, se estaba haciendo de noche...

Eso fue todo.

Convertido en una figura dislocada, saltó por el aire, ya muerto, y dio varias vueltas antes de incrustarse de cabeza en la nieve, casi treinta yardas más abajo, rompiéndose el cuello, y la columna vertebral por varios puntos... Pero ya no tenía importancia.

* * *

Dentro del coche, Lavinia se inquietó al ver aparecer al hombre gordo en el camino Pero no iba hacia ella, sino que iba

retrocediendo, para poder mirar hacia las nevadas laderas de las montañas con unos prismáticos, lo cual, al parecer, no podía hacer desde el coche.

Le vio dar un salto de pronto, tirar a un lado los prismáticos, y correr hacia donde ella calculaba que había quedado el coche que ella y Scott habían estado siguiendo. Y en efecto, apenas ocho o diez segundos después, apareció el coche, y distinguió al hombre gordo al volante, crispadas las facciones...

¿Qué podía haber visto que lo asustaba tanto?

El coche pasó muy cerca del que ocupaba la joven, lanzando a toda velocidad camino abajo, al parecer dispuesto el gordo a tomar las numerosas curvas que se cerraban una y otra vez, sin utilizar el freno para nada.

Estaba Lavinia Creviston vacilando entre si debía o no obedecer a Scott respecto a no moverse del coche, cuando, dé pronto, por delante de éste, apareció el propio Scott Farrell. Pero no a pie, o en coche. Pasó volando por delante, sobre un par de «palitos», salvando el desnivel que el camino formaba en la ladera de la montaña, y cayendo al otro lado, desapareciendo en un instante de la vista de Lavinia Creviston... ¿O lo había soñado?

La muchacha salió del coche, y corrió hacia el borde del camino, donde la ladera seguía, llena de nieve...

—Dios mío... ¡Se va a matar!

Era en efecto, Scott Farrell, corbata al aire, lanzado a una velocidad de absoluto espanto, lanzando nieve a todos lados, girando, saltando, flexionando las piernas... Pero..., ¿adónde iba, qué pretendía...?

A la izquierda de Lavinia, el camino seguía, siempre curvándose una y otra vez, y el coche donde iba el gordo tomaba las curvas cerradísimas sobre dos ruedas..., pero perdiendo ventaja con respecto al esquiador con corbata que, saltando los desniveles siempre a toda velocidad, llegó por fin a uno que quedaba por delante del camino que seguía el coche... Y ya completamente aterrada, Lavinia Creviston vio cómo los esquís de Scott saltaban por el aire, solos, y el hombre que tenía menos músculos que un zapato tras rodar por la nieve como una bola, se ponía en pie, y recorría a saltos pesadísimos el resto de la ladera, hasta llegar al camino..., por cuya curva aparecía en aquel momento el coche con

el gordo al volante.

Durante un instante, pareció inevitable: el coche iba a arrollar a Scott, que estaba en el centro del camino, con el brazo derecho extendido... Sólo un instante. El brazo derecho de Farrell vibró al ser efectuado el disparo... Lavinia vio saltar en lo que parecía una lluvia de brillantes, el cristal parabrisas del coche del gordo, que se desvió bruscamente del camino, rodó un poco ladera abajo sobre sus cuatro ruedas, dio una vuelta, otra, otra...

Scott Farrell lo estuvo mirando hasta que se detuvo, abajo. Luego, se metió las manos en los bolsillos, y emprendió el regreso, camino arriba, hacia donde esperaba Lavinia Creviston.

Llegó jadeando, y al parecer, de un humor de mil demonios. — Te dije que no salieras del coche— gruñó—. ¿O no te lo dije?. — Has..., has matado a... a más... más personas...

Farrell sacó su estuche, y lo colocó abierto ante las naricitas de Lavinia Creviston.

—Police Department, nena. Y te diré algo más: quedas detenida en nombre de la ley, por complicidad con ladrones y asesinos.

ESTE ES EL FINAL

Hasta cierto punto, Lavinia Creviston había entendido el asunto, bajo las explicaciones de aquel caballero tan amable al que llamaban «señor» o «capitán».

Se llamaba Nickerson, y lo habían encontrado entre Sun Valley y Ketchum, cuando, ocupando un coche con tres hombres más, subía hacia Sun Valley; al parecer, esto tampoco lo había entendido Lavinia muy bien, Scott había estado en contacto con el primero por medio de cierta oficina en Portland atendida por alguien llamado Mike, que era quien recogía los recados de Scott. Luego, la cosa fue directa, precisamente a partir de la noche anterior, cuando, si no había entendido mal, Scott le había avisado para que recogiese a los tres hombres que había matado...

Lo del asalto al Banco, lo había entendido mejor. Y hasta había entendido que el señor Libby había sido recogido, ya cadáver, junto a un muñeco de nieve que, a su vez, contenía el cadáver de la hija del señor Libby... Horrible.

—Todo lo que ha tenido, ha sido un muñeco de nieve, a fin de cuentas —había comentado el capitán Nickerson.

Pero lo que no entendía Lavinia de ninguna manera era que Scott Farrell agente, agente especial del PD, que además había resultado ser un esquiador de primera, con corbata y zapatos, la hubiese acusado de complicidad con ladrones y asesinos...

—Debe ser un error —dijo Sandy, su médico y amigo, que por fin había llegado al hotel, dispuesto a quitarle la escayola.

—No, no, Sandy... ¡Me ha detenido!

—Bueno —frunció el ceño Alexander Carter—. No sé. Lavinia, pero si el Police Department, te ha detenido... Ahí viene precisamente el tal Farrell. A ver qué nos dice.

Scott Farrell llegó al rincón del salón del hotel que había tomado como base el PD, y, se sentó junto a Lavinia, mirándola fijamente. Luego, miró al médico.

—¿Prefiere que lo hagamos en la enfermería del hotel, doctor Carter?

—Sería conveniente, sí.

—Les acompañaré.

Se puso en pie, como fatigado, y tendió su brazo a Lavinia, que lo miró con ojos asustados.

—Scott, yo no..., no he hecho nada que...

—Le demostraré lo contrario, señorita Creviston. Tenga la bondad de venir con nosotros a la enfermería.

Se fueron allá ellos dos, el doctor Carter, y el capitán Nickerson, del PD. Allá, en pocos minutos, Carter cortó la escayola, y cuando la iba a separar ya completamente, Farrell se adelantó.

—¿Me permite, doctor?

Acabó de romperla, miró, sonrió secamente, y con dos dedos retiró algo... un llavín, que tendió a Nickerson.

—Aquí tiene, señor. Ya se lo dije: Melvin Salk se asustó al comprender que Libby pensaba jugar sucio, y escondió esta llave en el pie de la señorita Creviston... Está claro que a Libby le entregó otra, posiblemente, la de algún apartamento que últimamente estaba ocupado. ¿Se da cuenta, señorita Creviston? Complicidad con maleantes. —Pe... pero... pero yo no... ¡yo no sabía...!

—Claro que no. Salk le puso a usted la llave dentro de la escayola mientras usted dormía, por eso notó luego algo suelto que la molestaba, ¿recuerda? Y por eso, luego él, creyendo que usted había subido a su habitación, fue a por la llave..., y se encontró conmigo. O yo con él. Quería recuperar la llave, ya seguro del juego sucio de Libby, y marcharse. Y como antes, desde un teléfono, había avisado a sus amigos de dónde estaba la llave, por eso la raptaron a usted...

—Total —dijo Nickerson—, que teníamos que recuperar un millón doscientos mil dólares..., y tenemos un millón ochocientos mil dólares. Nos sobra dinero.

—Pues vaya fastidio —sonrió Farrell.

—Voy a enviar dos muchachos a Boise, a que recuperen lo que contenga ese compartimiento ciento ochenta y uno... ¿Quieres ir

con ellos, Scott?

—No, señor... si me lo permite. Preferiría quedarme con la detenida señorita Creviston. Habrá que ayudarla al principio para que vuelva a caminar. Y vigilarla muy de cerca.

Nickerson y el joven doctor Carter cambiaron una mirada, y sin más salieron de la enfermería del White Bear Hotel. Farrell se inclinó sobre Lavinia, y susurró:

—¿Qué prefieres? ¿La cárcel..., o casarte con un tipo que tiene menos músculos que un zapato?

—Eso... es chantaje, señor Farrell —ofreció sus labios la señorita Creviston—. Lo denunciaré al Police Department...

—Qué miedo —dijo Scott.

Y luego, sintió el trallazo.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...